

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

Receptividad: Desde los años de Dyal en adelante



VOLUMEN 26

NÚMERO 1

2 0 0 5

Contenido

Carta de nuestros lectores

LAS RAÍCES DE UN APOYO RECEPTIVO

Bill Dyal rememora

Paula Durbin

Los colombianos más vulnerables

Escrutando a Bosconia

Marion Ritchey Vance

Las calles de Bogotá: una travesía personal

Leonardo Escobar

Manos del Uruguay: su estado de cuentas

Paula Durbin

SOLUCIONES Y ESTRATEGIAS

Sueños entre las ruinas: una nueva generación de guaraníes reconsidera el desarrollo

Patrick Breslin

Las mujeres y el microcrédito en una comunidad ecuatoriana

Marnie Schilken y Maria Eugenia Lima

Aceptar el desafío del VIH-SIDA

Oscar Ruíz

Servicios de agua para las comunidades de Copán

Fabiola Palma y Sean Sprague

EN LA IAF

La marcha del desarrollo

Donatarios en las noticias

Recursos

In Memoriam

La Fundación Interamericana (IAF) es un organismo del gobierno de EE.UU. creado en 1969 como un programa experimental de ayuda externa. Mediante donaciones directas a organizaciones locales de América Latina y el Caribe, la IAF trabaja para promover la autoayuda. También se asocia con entidades de los sectores público y privado con el fin de movilizar recursos locales, nacionales e internacionales para el desarrollo de base. El presupuesto operativo de la Fundación se compone de fondos provenientes de asignaciones del Congreso estadounidense y del Fondo Fiduciario de Progreso Social.

La Oficina de Relaciones Externas de la IAF publica la revista *Desarrollo de Base* en inglés y español. Se encuentra también en el sitio de la Fundación www.iaf.gov en Internet, en inglés, español y portugués en formato con gráficos o texto. El material original producido por la IAF y publicado en *Desarrollo de Base* es del dominio público y puede ser libremente reproducido. Sin embargo, ciertos materiales contribuidos por otras fuentes pueden tener limitaciones de derecho de autor. Su reproducción podría requerir autorización del propietario de ese derecho. Se solicita mencionar la fuente y enviar a la Fundación una copia de cualquier reproducción. *Desarrollo de Base* aparece en el catálogo del *Standard Periodical Directory*, el *Public Affairs Information Service Bulletin*, el *Hispanic American Periodical Index* (HAPI) y en el banco de datos de *Agricultural Online Access* (WORLD). Números anteriores pueden obtenerse en microfilme de University Microfilms International, 300 N. Zeeb Road, Ann Arbor, Michigan 48106, U.S.A. Esta publicación puede solicitarse por correo electrónico a publications@iaf.gov o por escrito a la siguiente dirección:

Desarrollo de Base
Inter-American Foundation
901 North Stuart St. 10th Floor
Arlington, VA 22203

El propósito de la revista es compartir experiencias en desarrollo de base con una variedad de lectores. La editora invita a presentar artículos pertinentes que traten, aunque no con exclusividad, los temas siguientes:

- cómo se organiza y trabaja la población pobre de América Latina y el Caribe para mejorar sus condiciones de vida;
- problemas y tendencias en el mundo del desarrollo; y
- cómo cooperan las instituciones para fomentar el desarrollo de la región.

Dirija sus consultas a Paula Durbin a la dirección antemencionada o por correo electrónico a pdurbin@iaf.gov.

Foto de la portada: Sean Sprague. Antonio disfruta de un baño. Lea este artículo en la página 40.

Impresión en papel reciclado con tinta derivada de la soya.



Fundación Interamericana

Roger Wallace, presidente del consejo directivo
Nadine Hogan, vicepresidenta del consejo directivo
Linda Borst Kolko, presidenta interina de la IAF

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

Editora de la publicación: Paula Durbin

Editor de fotografías: Mark Caicedo

Ediciones traducidas: Darío Elías

Diseño e impresión: Talleres Gráficos del Gobierno de EE.UU. (GPO)

Desarrollo de Base

Revista de la Fundación Interamericana

VOLUMEN 26

NÚMERO 1

2 0 0 5



Índice

Cartas de nuestros lectores ii

Las raíces de un apoyo receptivo

Bill Dyal recuerda

Paula Durbin 1

Los colombianos más vulnerables

Escrutando a Bosconia

Marion Ritchey Vance 8

Las calles de Bogotá: una travesía personal

Leonardo Escobar 12

Manos del Uruguay: su estado de cuentas

Paula Durbin 18

Soluciones y estrategias

Sueños entre las ruinas: una nueva generación de guaraníes reconsidera el desarrollo

Patrick Breslin 26

Las mujeres y el microcrédito en una comunidad ecuatoriana

Marnie Schilken y Maria Eugenia Lima 32

Aceptar el desafío del VIH-SIDA

Oscar Ruiz 36

Servicios de agua para las comunidades de Copán

Fabiola Palma y Sean Sprague 40

En la IAF

La marcha del desarrollo 48

Donatarios en las noticias 53

Recursos 57

In Memoriam 63

Cartas de nuestros lectores

Siempre es un agrado recibir cartas de nuestros lectores. Nos complacieron de manera especial los comentarios que generó nuestro número de 2004, particularmente las respuestas al artículo “Al margen de Newton”, de Patrick Breslin, y a nuestra entrevista con David Valenzuela. En lugar de la carta de la dirección que se publica con frecuencia en esta página, dedicaremos este espacio a mensajes de nuestros lectores:

Actualmente soy el instructor de un grupo de administradores y dirigentes de cooperativas agrícolas de América Central, inclusive de República Dominicana. Uno de mis objetivos es presentarle a este grupo dedicado y sofisticado de hombres y mujeres nuevas formas de ver su trabajo, de reflexionar sobre él y de realizarlo.

He estado recibiendo *Desarrollo de base* por décadas y aprecio mucho su aporte al desarrollo en América Latina. (Yo fui voluntario del Cuerpo de Paz en Colombia en la década de 1960, por lo que una coincidencia de criterios era de esperar). Me impresionó particularmente la temática del último ejemplar, que cuestiona presunciones y sugiere la aplicación de nuevas metáforas. Me gustaría compartir ese ejemplar con mi grupo y he pedido 22 copias en español para usarlas en clase.

Richard Harris

*California State Polytechnic University
Pomona, California*

He leído su artículo “Al margen de Newton: Metáforas para el desarrollo de base” y me pareció fascinante. Las ideas que plantea se acercan mucho a lo que yo he estado intentando desarrollar como enfoque y metodología para promover la administración y el desarrollo participativos de los recursos naturales en India, con énfasis en el estado de Gujarat. Yo fui un alto funcionario del gobierno de India, pero durante las dos últimas décadas he estado trabajando como dirigente de una ONG y he podido superar así las limitaciones de trabajar en una entidad verticalista. De hecho, hemos podido partir de los problemas de la gente, luego pasar a lo que ella percibe como posibles soluciones y a ayudarla a interactuar con las aldeas y los aldeanos que han enfrentado problemas similares con bastante éxito. Y

cuando el terreno está así preparado es que iniciamos un diálogo sobre cómo la aldea donde estamos trabajando puede colaborar con nuestra entidad de desarrollo para alcanzar las metas para las cuales podemos ofrecer algún apoyo. Es en este contexto que me parecieron tan fascinantes los puntos que plantea su artículo. Si la IAF trabajara también en países asiáticos, habría buscado su apoyo y colaboración para algunos de los programas que hemos diseñado y que podemos ampliar.

Anil C. Shah

*Presidente, Centro de Apoyo al Desarrollo
Ahmedabad, India*

He estado leyendo su excelente revista durante los últimos años y aprecio el enfoque de la IAF para el fortalecimiento de las organizaciones de base y el apoyo a las estructuras de los gobiernos locales. Desde 1978 he estado trabajando en el desarrollo rural no gubernamental del Sur de Asia y vivo la situación de una manera similar a las ideas que expresó la mencionada publicación en el artículo “Desarrollo local: una entrevista a David Valenzuela”. Es alentador saber que la IAF trabaja en la dirección que parece fundamental para salir de la pobreza.

También tengo algunos comentarios y una sugerencia en relación con otro artículo del mismo ejemplar, “Al margen de Newton: Metáforas para el desarrollo de base”. Me alegra que el señor Breslin haya mostrado la relación entre el avance que el mundo ha alcanzado en el área de las ciencias y cómo eso se relaciona con nuestras realidades sociales y formas de pensar sobre el mundo. Mientras leía el artículo, esperaba que pudiera ir más allá de lo que planteó, tomando algunas novedades recientes de la teoría social y de las organizaciones,

que se derivan del progreso científico en la comprensión de la vida, y aplicándolas a las organizaciones de desarrollo y a su trabajo. En este sentido el artículo me decepcionó. Tal vez un artículo de seguimiento en un ejemplar futuro de *Desarrollo de base* podría reflexionar sobre estos nuevos conocimientos en relación con las realidades sociales y de las organizaciones.

Las siguientes son algunas fuentes valiosas que pueden ayudar a seguir mi sugerencia: la obra maestra de Manuel Castells *The Information Age; Global Capitalism (La era de la Información. El capitalismo mundial)*, que viene en tres volúmenes y cuyos editores son Will Hutton y Anthony Giddens; y quizás el trabajo más destacado, que conjuga a numerosas fuentes: *Las conexiones ocultas*, de Fritjof Capra.

¡Muchas gracias por su hermosa publicación y reciban mis mejores deseos por los esfuerzos por el desarrollo que realizan todos en la IAF!

William Christensen
Instituto de Desarrollo Rural Integrado
Bangladesh

Patrick: ¡Su artículo realmente me MARAVILLÓ! Además de estar bellamente escrito, es uno de los textos más provocativos que he leído en mucho tiempo. También evoca profundamente un libro de Peter Senge y otros autores que se titula *Presence*. Si no lo ha leído, lo exhorto a que lo haga. Me encanta descubrir todos esos pensamientos y conversaciones en curso que refuerzan y alimentan un diálogo que se está realizando en muchos sectores.

Traer Sunley
PACT, Washington, D.C.

El artículo [de Patrick Breslin] proporciona otro puente para entender el desarrollo de base de abajo hacia arriba a aquellos que se sienten más cómodos apoyándose en la ciencia, y quizás incita a aquellos que ya creen en los principios del desarrollo de base a darse cuenta de cuánto podrían estar aceptando aun de los modelos lineales. Una vez que se superan los imperativos administrativos, todo el concepto de “proyecto” se basa en el pensamiento lineal. Yo he estado reflexionando bastante sobre el concepto de un ambiente posibilitador y de estrategias de financiación que puedan elevar las probabilidades de éxito. Entre mis musas se encuentra Fritjof Capra, y especialmente su libro *Las conexiones ocultas*. Él también parte de la complejidad y señala las similitudes entre las ciencias naturales y las sociales.

Steven D. Pierce
American University
Washington, D.C.

Me interesa mucho el artículo “Al margen de Newton: Metáforas para el desarrollo de base”, de Patrick Breslin, y la entrevista de Paula Durbin y Patrick Breslin con David Valenzuela, que desde dos puntos de vista diferentes nos ofrecen una visión clara del significado del desarrollo de base y las líneas que deben seguirse para evaluar sus resultados.

Carlos Criollo
Verificador de datos de la IAF
Quito, Ecuador

El excelente artículo de Patrick Breslin me recuerda uno que escribí en 1969, que alentó a Dante Fascell a establecer la IAF.

George C. Lodge
Harvard University
Cambridge, Massachusetts

[Nota de edición: George Lodge fue miembro del primer consejo directivo de la IAF. Su artículo “Revolución en América Latina” pedía con insistencia un compromiso oficial para mejorar las condiciones de los más indigentes de este continente por medio de una “Fundación Americana” que “identificara y financiara los motores del cambio que trabajan directamente para revolucionar las estructuras sociales y políticas de América Latina”.]





Las raíces de un apoyo receptivo

“Una institución es la sombra prolongada de un hombre”.

— Ralph Waldo Emerson, *“Autoconfianza”*.

El año pasado, 2004, se cumplió el 35º aniversario de la creación de la Fundación Interamericana por parte del Congreso de EE.UU., hito que *Desarrollo de base* reconoce en esta edición recordando nuestros inicios, reflexionando sobre algunos aciertos cuyos orígenes se remontan a esa época y luego dando un vistazo a los rumbos más recientes.

Como el Cuerpo de Paz, que es unos cuantos años más antiguo, la IAF surgió en un contexto de decepción y esperanza, en 1969; decepción ante la incapacidad de la ayuda externa tradicional de llegar hasta los pobres y la esperanza de que ellos pudieran efectuar cambios desde la base. Así como el Cuerpo de Paz ha evolucionado como la proyección de su director fundador, Sargent Shriver, la IAF sigue siendo testimonio de la visión de su presidente fundador, Bill Dyal. Esta retrospectiva reconoce su influencia indeleble. Comenzamos con una conversación con Dyal sobre el período formativo entre 1971 y 1980 cuando él estuvo al frente de la IAF, y luego incluimos los perfiles de dos donatarios de la era de Dyal: Bosconia, que trabaja con niños abandonados y víctimas del abuso en Colombia, y el sistema de cooperativas rurales de tejedoras Manos del Uruguay. Ambos están todavía con nosotros, mucho después de que cesara el apoyo financiero de la IAF.

De hecho, los años de Dyal se han extendido a más de tres décadas durante las cuales su insistencia original en la receptividad hacia las ideas de los pobres organizados ha guiado el trabajo de la IAF hacia la meta de desarrollo que tan difícil había demostrado ser: mejorar las condiciones de las comunidades marginadas. A lo largo del tiempo, esa orientación, que ahora es una política, ha producido una destacada trayectoria de inversión en

las personas que ha confirmado la convicción absoluta de Dyal de que éstas realmente “saben cómo” hacer las cosas. Esta verdad domina el resto de la publicación, inclusive nuestros perfiles de soluciones y estrategias contemporáneas que enfrentan el VIH/SIDA y el acceso al crédito y al servicio de agua potable. Y se extenderá a nuestro próximo número, que se concentra en el fenómeno transnacional del desarrollo y la participación de la IAF. En la IAF, la receptividad siempre ha sido la clave para apoyar las oportunidades que van surgiendo y para avanzar en la única dirección aceptable: *adelante*.



De izquierda a derecha, el presidente del consejo de la IAF, Gus Hart, Edith Dyal y Bill Dyal en 1971.

Bill Dyal rememora

Por Paula Durbin

P & R



PATRICK BRESLIN

Bill Dyal con Cynthia Ferrin, ex representante de la IAF, en diciembre de 2004.

Funcionarios actuales y ex funcionarios de la IAF se reunieron en Arlington para celebrar el trigésimo quinto aniversario de la entidad y rendirle homenaje a Bill Dyal, cuya confianza inquebrantable en los pobres y en sus ideas configuró el enfoque receptivo de la IAF en el desarrollo de base. En reconocimiento a sus servicios desde 1971 hasta 1980, década en la que erigió a la IAF desde sus cimientos, Patrick Breslin, vicepresidente de relaciones externas de la IAF, le hizo entrega de un ejemplar del libro de fotografías de la IAF *Paso a paso*, con la inscripción de la cita de Emerson y la firma de todos los presentes. Antes de la celebración, Dyal nos habló de sus impresiones sobre esos primeros años en la IAF y sus reflexiones sobre su compromiso de toda una vida con la justicia social.

P ¿Qué lo preparó para su trabajo en la IAF?

R Creo que fue una combinación de mi experiencia como misionero en América Central y del Sur y mi paso por el Cuerpo de Paz. Trabajé con los sectores social y económicamente bajos, y eso cambió mi forma de actuar. Comencé a sentir que ellos no habían recibido ayuda, que no habían tenido oportunidad. Además, tenía la certeza de que ellos tenían buenas ideas sobre cómo resolver sus problemas. Así comencé con el concepto de receptividad. No les decíamos qué debían hacer; ellos nos decían qué querían hacer.

P ¿Qué lo llevó a trabajar con los sectores marginados?

R No estoy muy seguro. Creo que porque yo había sido de ellos. Nací en Austin, Texas, en 1928, y crecí en una familia de obreros. Mi padre y mi madre me enseñaron mucho sobre valores. No me refiero a los valores políticos de hoy, sino a que mi padre solía decir: “El hecho de que seas pobre no quiere decir que merezcas que te den cosas”. Mis padres no hicieron la escuela secundaria, pero insistieron en que sus tres hijos —yo soy el mayor— fueran a la universidad, y lo hicieron posible.

P ¿De qué le sirvió su experiencia como misionero?

R Aprendí mucho sobre el amor y la justicia. También aprendí cómo ser un rebelde, porque no estaba de acuerdo con la mayoría de lo que entonces planteaba la Convención Bautista del Sur. La perspectiva era muy estrecha.

P ¿Cómo empezó a trabajar en el Cuerpo de Paz?

R Bill Moyers, que fue subdirector del Cuerpo de Paz por algún tiempo y luego secretario de prensa de Lyndon Johnson, era un viejo amigo mío. Me llamó un día, a fines de 1966, y me dijo: “Te van a llamar para que vayas a una entrevista para un trabajo con el Cuerpo de Paz”. Él le había propuesto mi nombre al entonces director, Jack Vaughan. Cuando me reuní con Vaughan y sus más altos colaboradores y conversamos sobre la posibilidad de convertirme en director del Cuerpo de Paz en Colombia, podía ver que todos los presentes me miraban con frialdad. ¿Quién diablos era ese misionero bautista del sur? Y Jack Vaughan le puso fin a eso diciendo: “Es bautista, como Bill Moyers”. Ese fue el comienzo de una

relación maravillosa con el Cuerpo de Paz. En esa época, Colombia tenía el programa más grande en todo el mundo, con 800 jóvenes voluntarios increíbles diseminados por todas partes, y yo aprendí mucho. Posteriormente fui director regional del Cuerpo de Paz para el Norte de África, el Cercano Oriente y el Sur de Asia por cerca de un año y medio. Eso me enseñó sobre otros países que en realidad no conocía.

P ¿Qué lo trajo a la IAF?

R El consejo directivo de la Fundación Interamericana estaba buscando un presidente y mi nombre salió a flote al cabo del proceso. Todos eran republicanos moderados y habían contratado a una firma de cazadores de talentos. Yo creo que el consejo me escogió porque estaba buscando a alguien que no fuera del tipo de los profesionales del desarrollo y porque yo no formaba parte del *establishment del Este* del país.

P ¿Cómo era ese primer consejo?

R El hecho de que la IAF haya sido creada durante el gobierno de Nixon había traído al consejo a dirigentes empresariales republicanos con una visión de la responsabilidad social de las empresas. Me encantaron esos tipos desde la primera reunión del consejo. El presidente, Gus Hart, de Quaker Oats, era un hombre fantástico. Todos los directores del Consejo formaban un grupo notable de personas dispuestas a aprender. Escuchaban lo que planteábamos y no trataban de decirnos a los jóvenes funcionarios, todavía verdes, lo que debíamos hacer. Me imagino que éramos un grupo trasgresor y rebelde, pero nos apoyaron.

P ¿Cuál era su opinión sobre el concepto original en el que se basó la IAF?

R Me gustaba la idea de que íbamos a ser independientes. Me gustaba el concepto de apoyar a organizaciones no gubernamentales y de que las donaciones no tuvieran que pasar por la aprobación del Departamento de Estado o del Congreso.

P Pero sí tenía que responder ante el Congreso.

R Sí, y cuando asistí a mis audiencias, el representante Otto Passman me hizo saber que no se iría a la tumba sin eliminar a la Fundación Interamericana. Me dijo: “¿Por qué no se consigue un trabajo decente,

joven?” Yo creo que uno de los momentos elocuentes vino más tarde, cuando me presenté ante el senador Proxmire, de la Comisión de Gastos Presupuestarios; él me preguntó sobre un proyecto y yo le dije que realmente habíamos metido la pata. Se bajó del podio, me estrechó la mano y me dijo: “Es la primera vez en mi experiencia que he oído a un burócrata decir la verdad”. Desde entonces tuvimos una relación excepcional con el Senado.

P ¿Cómo reaccionó la comunidad del desarrollo ante la recién creada Fundación Interamericana?

R Cuando el Congreso tomó los primeros US\$50 millones de la USAID para que nosotros los distribuyéramos, todas las ONG de América del Norte trataron de decir: “Ese es nuestro dinero. Sabemos gastarlo mejor que ustedes. Podemos facilitarles esto. Sabemos a quién financiar y conocemos a la gente precisa. Simplemente pásennos el dinero y no tendrán que preocuparse, no tendrán que ensamblar un personal, y todo eso”. Les dije que gracias, pero que no, y les mostré la puerta.

Yo no tenía poder en Washington, pero salimos bien de eso porque el representante Dante Fascell, el creador del concepto en que se basó la Fundación, me invitó a su oficina. Era un italiano de baja estatura que me inspiró un miedo atroz. Nos sentamos y él me dijo: “¿Qué piensa hacer cuando yo lo llame y le diga que aquí en la puerta tengo unas personas que me dicen que saben más que usted sobre cómo gastar el dinero?” Yo le dije: “Yo sé que usted nunca me pediría que hiciera algo que no fuera correcto y que tendríamos que estudiarlo con cuidado”. Y luego él me preguntó: “¿Qué va a hacer cuando yo lo llame para decirle que tengo unas personas que tienen que formar parte de su personal?”, y yo le dije: “Bueno: estamos ensamblando un buen personal y si usted tiene unas buenas recomendaciones, examinémoslas”. Él me miró con una amplia sonrisa y dijo: “¡Caray! Creo que tenemos uno”. Y ese era el tipo de apoyo que él brindaba.

P ¿Cuál fue el mayor desafío?

R La total falta de comprensión sobre lo que en realidad es el desarrollo.

P ¿Y qué es?

R Yo creo que es responder a las necesidades de la gente. La gente conoce su situación muchísimo mejor que cualquier persona de afuera. O sea que uno puede responder a lo que ellos piensan y sienten y a lo

que creen que pueden hacer. Creo que eso es desarrollo; pero eso no se ha puesto de moda en forma generalizada. El problema es que estar en posición de decidir y decirle a la gente cómo trabajar es la única razón de ser de la mayoría de los que otorgan fondos, tanto en el sector público como en el privado. Pero yo creo que sé más sobre lo que no es el desarrollo. No se trata de las organizaciones de las damas y los caballeros dádivosos. Y no es lo que yo les vi hacer en Colombia a los organismos de desarrollo, pagando enormes salarios a expatriados cuando había gente en el país que podía hacer el trabajo.

P ¿Cómo emprendió la tarea de darle credibilidad a la IAF en el contexto del comienzo de la década de 1970, cuando Washington desconfiaba de ella por radical y la gente en otros países pensaba que era la CIA?

R Yo estaba tratando de establecer un nicho en una ciudad que no entendía de qué se trataba este tipo de desarrollo, que estaba ciega ante lo que tratábamos de plantear: que además de los programas bilaterales de gobierno a gobierno existe una forma de trabajar que va de gente a gente, que las mejores soluciones con frecuencia se basan en la comunidad y que se precisaba una organización flexible, con mente amplia para explorarlas. Sentí que la tarea me superaba ampliamente. Nuestro mayor desafío en otros países eran los embajadores de EE.UU., que estaban nerviosos. En cuanto a la población local, yo sabía que no podía convencer a nadie que no éramos la CIA y decidí: “Por sus obras los conoceréis”. La gente iba a tener que conocernos de esa manera.

P ¿Cómo avizoraba la operación?

R Yo sentía que no debía tener empleados en el exterior, pues correrían el riesgo de convertirse en pequeños capitalistas de los que pasan por alto posibilidades. Y yo creo que eso marcó una gran diferencia. Decidimos no hacer préstamos ni esperar reembolsos. Establecimos desde el comienzo que lo que más necesitaba la gente no eran las grandes donaciones, sino las de US\$10.000 o de US\$50.000 que le permitirían dar un gran salto hacia delante. Queríamos mantener los costos administrativos por debajo del 15 por ciento, que en esos días era algo impensable y probablemente hoy también lo sea. Yo creo que algunas personas, inclusive algunos de nuestros funcionarios, pensaron que la Fundación debía convertirse en algo muy grande. Yo nunca pensé que sería o podía ser muy grande.

P ¿Qué le enseñó su experiencia en la IAF?

R Aprendí que esto se podía hacer. Siempre había pensado que se podía, pero no tuve la prueba hasta cuando lo hicimos.

P ¿Cuál cree que fue su mayor logro en la IAF?

R De lo que más me enorgullezco es de la selección del personal. Creo que escogí a las personas indicadas. Yo creo que si uno es un líder debe darle al personal el trabajo, apartarse de su camino y dejar que lo haga.

P ¿Qué buscaba?

R Buscaba personas capaces de sentir empatía y que tuvieran cultura, comprensión, sensibilidad y el idioma de América Latina y el Caribe; que fueran capaces de reunirse con embajadores y cautivarlos y esa misma tarde montarse a una mula, irse al fin del mundo y reunirse con los campesinos. La expresión “capacidad de sentir empatía” —no lástima— es fundamental, porque yo no necesitaba personas que creyeran que iban a distribuir mucho dinero, sino personas que escucharan, y pudieran discernir a partir de lo que oyeran, si esas eran las organizaciones que se debían apoyar. Y teníamos gente notable que era capaz de hacer eso. Yo creo que durante mis años de trabajo como misionero y como miembro del Cuerpo de Paz me había sensibilizado para identificar el tipo justo de estadounidense, si se me permite decirlo así. Con ese personal inicial tuvimos una hermosa camaradería y espero que todavía exista porque es fundamental para la vida de la Fundación.

P ¿Hay algo que habría hecho de otra manera?

R Creo que no habría cometido algunos de los errores que cometí en términos del personal. No hubo tantos, pero sí algunos. Y creo que debí haber hecho un trabajo mejor para que los congresistas y el gobierno entendieran a qué nos dedicábamos. Creo que mi temperamento tenía muy poca paciencia con la gente que no tenía mente abierta. ¿Para qué perder el tiempo?

P ¿Por qué se fue cuando lo hizo?

R Nadie me estaba empujando, pero sentía que se me estaba identificando demasiado con la Fundación; que era hora de inyectar sangre nueva. Todavía me acuerdo que me senté ante el lecho de muerte de mi padre y le dije que había renunciado. Él me dijo: “¿Qué vas a hacer,

hijo?” Le dije que no sabía, y él me dijo: “Pienso que estás más loco que una cabra”. Creo que tenía razón. Yo tenía dos hijas en la universidad.

Pero de nuevo Bill Moyers vino al rescate. Me llamó y me dijo: “Frank Thomas asumió hace relativamente poco la dirección de la Fundación Ford y le mencioné tu nombre de una manera discreta”. Me senté a conversar con Frank Thomas y él me pidió que le diera una mirada a lo que estaban haciendo. Entonces visité todas las oficinas de la Fundación Ford en otros países y muchos de sus proyectos en este país y le susurré lo que pensaba. Él aprovechó mucho de eso.

Luego recibí una llamada de AFS, me convertí en su presidente y aprendí mucho. Y justo después de eso los de St. John’s College me pidieron que fuera su presidente. Traté de decirles que yo no era un académico, pero uno de los miembros de la junta directiva me dijo: “No estamos buscando un académico. Tenemos muchos. Estamos buscando un líder”. Y así pasé allí cuatro años, ayudando a crear un sentido de armonía. Cuando me apareció un tumor cerebral, la comunidad universitaria se congregó a mi alrededor. Después de eso, tuve que pasar unos años en recuperación. Luego, un día recibí una llamada del Cuerpo de Paz con una oferta de trabajo. Y terminé en 1995 como director del Cuerpo de Paz en Panamá, por dos años. Ese fue mi último grito de victoria.

P ¿Sigue en contacto con la IAF?

R No tanto como debería. Esa es una de las razones por las cuales este día es especial para mí.

P ¿Qué le aconsejaría al nuevo presidente?

R Se necesita a alguien que llegue y diga: “No sé lo suficiente. Estoy aquí para aprender y escuchar. Quiero oír todo lo que tengan que decir y voy a liderarlos en términos de lo que he aprendido y seguiré aprendiendo con ustedes”.

P ¿Hay algo más que quisiera que supiéramos?

R Probablemente haya mucho. Uno no tiene con frecuencia la oportunidad de crear algo desde cero y eso fue lo que más disfruté del trabajo. La experiencia que obtuve aquí me enseñó mucho sobre la capacidad de las personas a las que se les da una oportunidad. “Se hace camino al andar”. Nosotros ayudamos a crear esos caminos con los donatarios. No podíamos haberlo hecho sin ellos. Ellos son la verdadera historia de la Fundación.

La gran sombra de Bill Dyal

Por Steve Vetter

Cuando Bill Dyal fue objeto de un homenaje en el St. John's College, uno de los oradores apuntó que él "posee las cualidades de la verdadera autoridad: el tipo de liderazgo sin pretensiones que sólo viene de la estatura moral y personal". Nuestra sociedad está invadida por el hecho de que casi todo está inflado artificialmente: hay atletas que toman esteroides, prácticas contables fraudulentas y afirmaciones de organizaciones que dicen ser sin ánimo de lucro cuando están ganando cantidades espantosas de dinero. Pero hemos tenido tres décadas y media para pensar en el trabajo de Bill Dyal y verificar sus resultados, y hoy estamos aquí para certificar que se trata de lo auténtico, lo verdadero.

La Fundación se creó a partir del presentimiento de que el viejo modelo de asistencia para el desarrollo, de gobierno a gobierno, no estaba funcionando muy bien. La visión original de Bill como presidente fundador de la IAF siempre fue clara: ayudarles a las personas a ayudarse a sí mismas; no estorbarlas, sino apoyarlas. Sus tres "erres" eran Responsabilidad, Receptividad y Riesgo. Invertir en las personas. Escuchar sus necesidades y sus planes para resolver sus problemas; no ser el experto. Tom Ramey, uno de los primeros vicepresidentes de la IAF, hablaba con frecuencia en términos náuticos sobre los vientos dominantes de la ayuda exterior (que soplaban desde el norte y estaban vinculados a expertos bien pagados cuyas soluciones rara vez funcionaban) y de por qué había que corregirlos. Nuestra meta era encontrar un nuevo rumbo.

Algunos dirán que el mayor aporte de Bill fue lograr cambiar la actitud

hacia lo que los pobres podían hacer por sí mismos: la incredulidad de que hubiera pobres organizados y capaces de pensar las formas de forjarse una vida mejor. Constantemente teníamos que enfrentar ese tema. La publicación de *Ellos saben cómo*, provocó un debate tremendo sobre si los pobres de verdad lo sabían. Algunas personas todavía sostienen que los pobres no lo saben. Teníamos unos cuantos partidarios y muchos críticos que nos aseguraban que no había organizaciones locales a apoyar y que debíamos invertir nuestros fondos solamente en ONG norteamericanas con mucho dinero; que no había nadie más a quien darle dinero. Cuando observamos ahora el tremendo crecimiento de la sociedad civil en todo el continente y su poderosa voz, debemos reconocer a Bill y a su personal de entonces que no tenía correo electrónico, ni fax, ni computadores y ni siquiera teléfonos de los cuales depender.

Una de las pruebas que brinda el paso del tiempo consiste simplemente en ver qué tan bien le está yendo a una organización después de su creación. Algo notable de la Fundación es que ha perdurado por 35 años y ha sostenido su visión de apoyar a organizaciones sin fines de lucro. Los últimos 15 años han constituido un reto especialmente difícil, pero la IAF ha sobrevivido y ha prosperado. No me viene a la mente otro programa de gobierno que haya sido capaz de mantener el ojo en la mira por tanto tiempo y conservar su presupuesto y su apoyo político. La mayoría de las fundaciones importantes manejan el discurso que habla de apoyar el desarrollo comunitario y de base, pero



pocas llegan a trabajar de una forma parecida a la que Bill concibió para la IAF.

Me parece fascinante lo importante que es empezar de la forma correcta. Todos hemos visto a personas e instituciones que empezaron mal y nunca lograron rectificarse. El reconocimiento que sentimos por Bill es aún más profundo cuando reflexionamos sobre su papel como presidente fundador. Él captó el espíritu de la exploración abierta de nuevas soluciones como lo articulara el poeta Antonio Machado: "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar". Dyal nos aseguraba que "el camino se hacía al andar". Caminar muchísimo —y volar— nos garantizó un buen principio.

Lo anterior fue extraído de un discurso pronunciado por Vetter en ocasión del 35º aniversario de la IAF. La carrera de Vetter en la IAF, de 1975 a 1996, abarcó cargos desde representante hasta vicepresidente de programas y presidente interino



El padre Javier pasando el día con niños en el Patio donde los recién llegados se van acostumbrando al programa de Bosconia.

Los colombianos más vulnerables

Fotos de Patrick Breslin

Les dicen niños callejeros, pilluelos y gamines. Los consideran delincuentes, inútiles, una plaga, una amenaza al comercio en los centros urbanos. Han sido recogidos y arrojados en las cárceles, asesinados por policías de franco, explotados por desviacionistas e internados en asilos. Según una estimación de la UNICEF, 100 millones de niños y adolescentes viven en las calles del mundo, generalmente obligados por una combinación de pobreza y abuso. Hace unos 40 años, con el fin de responder a este problema en Colombia, un joven sacerdote salesiano italiano, Javier de Nicolás, fundó un programa para los gamines de Bogotá. Él dirige aun el programa, conocido comúnmente como Bosconia, el nombre de uno de sus primeros centros. Actualmente cuenta con 76 instalaciones por toda Colombia y ha influido en docenas de programas similares por el mundo entero. *Desarrollo de Base* presenta aquí dos perspectivas del programa del padre Javier: la evaluación de una ex representante de la Fundación Interamericana, entidad que le proporcionó fondos por primera vez durante el período de la presidencia de Bill Dyal, y la experiencia personal de un ex gamín cuya vida cambió de rumbo al tropezar con el programa.



Los colombianos más vulnerables

Cristián Mendieta y Ronald Guerrero

Escrutando a Bosconia

Por Marion Ritchey Vance

Como representante de la IAF para Colombia desde 1974 a 1979 y posteriormente como directora de la región andina, Marion Ritchey Vance obtuvo la aprobación de dos importantes donaciones y tres asignaciones más pequeñas canalizadas a través de la Fundación Orientación Juvenil con el fin de proporcionar apoyo al programa de Bosconia. A pesar de que Ritchey se jubiló en 1995, sigue siendo la experta de la IAF respecto a esta alternativa para niños que se valen por sí mismos en las calles de Bogotá. Ella comparte aquí sus conocimientos sobre el éxito del donatario y su potencial.

En las tres décadas que he conocido el programa Bosconia, éste no solo ha sobrevivido sino que ha crecido, un logro aún más impresionante cuando se considera el contexto de asesinatos, caos y crisis en Colombia. Los problemas logísticos para mantener el programa funcionando son inconcebibles. Entonces ¿por qué sigue adelante? Mis suposiciones espantarán a quienes prefieren contar números, ya que no se pueden pesar, medir o cuantificar, y me resultaría difícil “probarlas”.

La primera es tan sencilla como difícil de lograr: *preocuparse sinceramente* por estos pequeños y rudos clientes. El padre Javier de Nicolás ha logrado a través de los años contratar personal —profesores en particular— que verdaderamente consideran a estos niños como seres humanos de gran valor, no expedientes de un caso o delincuentes que hay que reformar. El respeto y el afecto invaden el programa. Los niños lo perciben y comienzan a comportarse como corresponde —desde el pilluelo mocosito con actitud hostil recientemente recogido de la calle, hasta el pulcro estudioso de La Florida. Este último nos agrada a la mayoría; sin embargo, se requiere un tipo especial de per-

sona para querer y aceptar al primero, quien posiblemente acaba de arrojarle el plato de comida en la cara. Cuando Javier explica el programa, casi siempre se refiere a Jean Piaget y otros gurús de su pedagogía implícita. Pero para mí, lo genial es *cómo* sus principios educativos son aplicados, lo que me lleva al segundo punto: *opción*. El niño tiene que esforzarse mucho para *ingresar* a Bosconia. No llega ahí por orden judicial, ni porque haya sido presionado. Cuando Javier y sus colegas organizaron el programa a fines de la década de 1960, el propósito era hacerlo más atractivo para los niños que la vida del gamín.

¿Y qué era lo que lo hacía más atractivo? El *ambiente*, el espíritu y los valores y actitudes que lo sostienen todo. Parecería que Javier ha podido utilizar y sacar provecho del espíritu que caracteriza a la juventud. La vida es interesante y estimulante; trabajar es un juego. ¡Tú sí puedes! El programa atrae a estos chicos por su sentido de aventura, algo que muchos de ellos tienen en abundancia. Instituciones en EE.UU. no se atreverían a poner a niños en situaciones de riesgo como lo hace Javier con algunas iniciativas, como levantar aulas y dormitorios en claros

de las remotas selvas del Darién o la cuenca del Orinoco —algo que para la mayoría parecería una locura, pero que para los chicos significa una andanza que justifica viajar días enteros en un camión de carga.

La *diversión* es un componente del *ambiente*. Siempre hay una actividad que destapa la energía o la imaginación del niño. La *música* es fundamental, conformando el delicado equilibrio entre estructura y espontaneidad y una clave para explicar el éxito del programa. Desarrolla no solo el talento específico del niño sino también la disciplina, la concentración, el trabajo en equipo y la responsabilidad. De igual manera, el *arte* se considera esencial para la educación de los niños y su inserción en la sociedad. La *belleza* también contribuye al *ambiente*. Mientras que la mayoría de los programas juveniles supone que un edificio funcional (hecho de bloques de hormigón) y tres comidas diarias típicas de una escuela es todo lo que un niño pudiera necesitar, Javier insiste en lo mejor, convencido de que el comportamiento de los niños se pondrá a la altura de las circunstancias. La emblemática “La Florida”, en las afueras de Bogotá, se destaca por su arquitectura, uso del espacio y sus exuberantes canteros. El *aseo* personal sienta las bases para el desarrollo del niño desde el momento en que decide ingresar al programa. El calendario de *fiestas* trimestrales celebradas con el fin de marcar importantes hitos durante el año ayuda además a impartir un sentido de orden y previsión para niños acostumbrados al caos y a la incertidumbre. La participación contribuye a compartir valores y crear un sentido de comunidad.

No estoy queriendo decir que todo sea diversión y juegos. Desde el principio, a los muchachos se les alienta a escoger un programa académico tan riguroso como el de cualquier otra escuela privada o pública a fin de prepararse para los exámenes necesarios para el muy respetado bachillerato de Colombia, que incluye biología, química, física, trigonometría, cálculo, inglés, lenguaje, educación cívica, filosofía —y además, teatro, para mejorar la capacidad de los estudiantes de relacionarse con otros, hablar en público y responder con soltura en situaciones inesperadas. Los estudiantes absorben el material a su propio ritmo y se mantienen al día respecto a los acontecimientos de actualidad. Los invitados siempre quedan impresionados por la forma en que los niños manejan conceptos de historia, geografía y cultura, así como por su curiosidad y deseo insaciable de aprender más. Los muchachos también participan en talleres prácticos enfocados en técnicas básicas —desde el aprendizaje de sistemas de computación hasta la fabricación de muebles, vitrales o tejidos— escogiendo lo que combina mejor con sus habilidades. Los chicos recién llegados de la calle comienzan haciendo algo para ellos mismos —un juguete o un cepillo de diente—



La orquesta de niñas.

y luego para su grupo; más tarde, para el resto de la comunidad y después, quizás, para vender.

Para que esta estructura de trabajo y estudio sea agradable, los fundadores de Bosconia intencionalmente incorporaron aspectos de la vida arriesgada y audaz de estos muchachos en las calles:

- Para lograr la participación plena de los jóvenes, el programa se centra en *movilidad* en vez de confinamiento. Cuando visité y observé el proyecto por primera vez a mediados de 1970, los jóvenes estaban en constante movimiento. Vivían en un lugar, estudiaban en otro; luego trabajaban en otra parte, y continuamente los

movían de aquí para allá, tal como ellos mismos lo habían hecho cuando vivían en las calles y viajaban sin pagar en autobuses. Al final, la zona geográfica que cubrían llegó a extenderse más allá de Bogotá para abarcar todo el país, desde Acandí, en la frontera con Panamá al norte, y la cuenca del Orinoco al este.

- La forma de vivir imita la camada o gallada, pequeños grupos que se forman en la calle para protección mutua durante la noche. Primeramente, los chicos viven en casas pequeñas en el centro de la ciudad y luego pasan al siguiente nivel, en casas similares en hilera, en La Florida. Los residentes de una casa en particular forman un clan, algo a lo que pertenecen, y que les da una identidad y les permite ejercer responsabilidades colectivas. Eligen los líderes en su grupo, muchos de los cuales avanzan a través del sistema de autogobierno. A pesar de que el autogobierno no funciona completamente libre de la influencia adulta, fomenta el desarrollo de destrezas de liderazgo y es un modo eficaz de controlar problemas de disciplina. Además, cambia en forma positiva el papel del *largo*, el mayor del grupo que controla la actividad callejera. Los chicos aprenden los requisitos para ganarse la confianza de sus iguales, inspirar su participación en actividades de la comunidad y disciplinar al que lo necesita.
- Existe *libertad*. En ningún momento se obliga al joven a quedarse. Existe una gran tolerancia para los que primero quieren ingresar, luego quieren volver a la calle, y después quieren regresar. Me imagino que es

más bien la regla que la excepción entrar y salir del programa, y que son pocos los que “triumfan” sin zigzaguear por el camino.

- La *irreverencia*, o una actitud saludablemente irónica hacia la sociedad, la religión y la política, aumenta la credibilidad del programa para chicos que aprenden a reconocer la hipocresía desde una edad muy temprana.
- El programa presenta *desafíos*. A pesar de lo miserable que puede ser la vida callejera, al mismo tiempo es una incubadora para la inventiva y el aprendizaje de la supervivencia. Metas difíciles de alcanzar no perturbaban al joven acostumbrado a enfrentar en la calle problemas imposibles.
- El programa se sirve de las jergas, las formas populares y convenciones de la calle y las transforma en aforismos pegadizos.
- El programa es *adaptable*. Una nueva e interesante faceta se realiza mediante las actividades de extensión, en la forma de contratos tales como el que tienen con el gobierno local, por el cual los jóvenes trabajan con organismos municipales para hacer limpieza en los parques, plantar árboles y manejar el reciclaje. Un cambio mayor resultó de la inclusión de niñas en el programa, decisión que se debió principalmente a que los muchachos presionaron a Javier para que hiciera algo para ayudar a sus hermanas que todavía andaban por la calle. Durante mi visita más reciente, me enteré que Javier había llegado a la conclusión de que su sueño original de que todo niño que terminara el programa fuera bachiller no se iba a realizar. El mercado de trabajo es tan restringido en Colombia que él ya estaba incorporando una educación más orientada a los oficios, proporcionando una variedad de destrezas en demanda, tanto manuales como administrativas, que facilitasen el empleo o autoempleo en vez de aumentar el número de estudiantes egresados de secundaria que manejan taxis.

Me he referido al alcance del programa como una ventaja, pero a veces me he preguntado sobre las desventajas. La expansión desde las tres sedes originales a las 76 instalaciones actualmente distribuidas por todo el país significa vitalidad. Pero ¿podría la expansión precipitada definirse como un efecto *Ponzi* que mantiene el programa en pie mediante la definición constante de nuevas fronteras? Como representante de la IAF, con frecuencia me hallé en situación de que mientras trataba de enfocarme en el proyecto del año previo, repentinamente alguien me llevaba para que admirara la casa más reciente y la última estrategia. Y los “fracasos” no frenan a Javier: puede terminar cosas, abandonar ideas muy queridas y superar tragedias sin casi perder el ritmo.

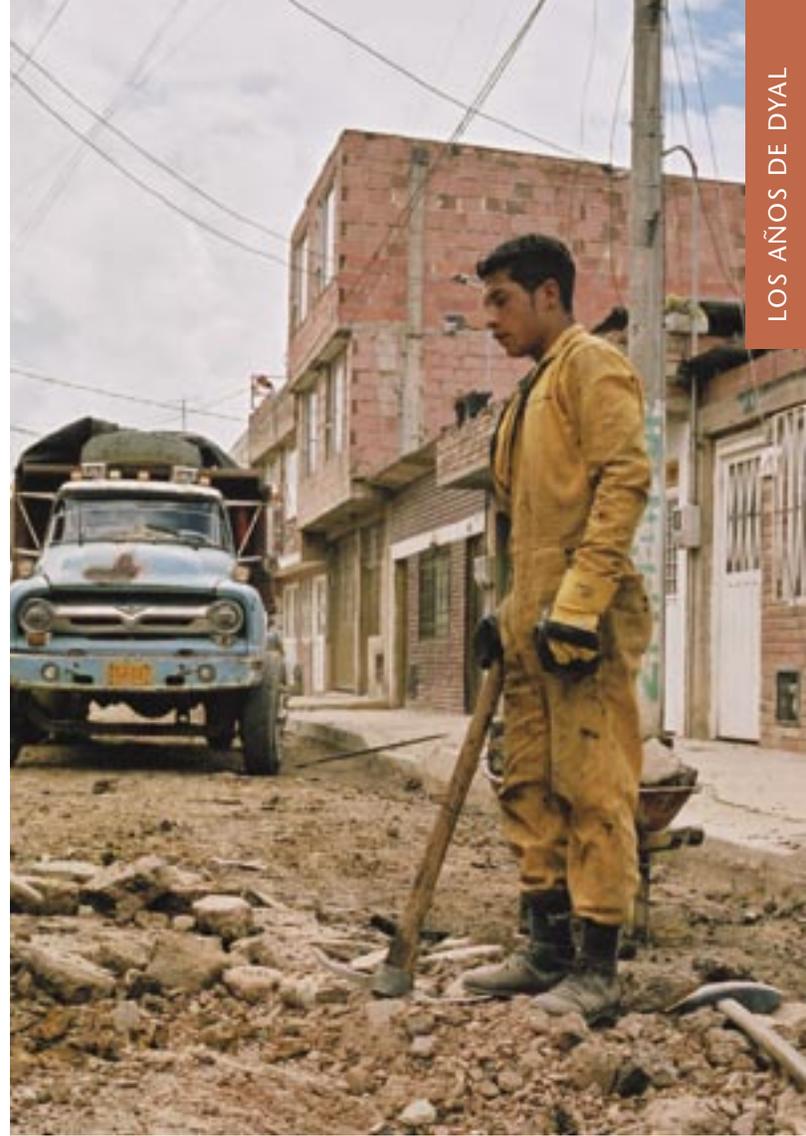


El padre Javier con otro grupo en el Patio.

La preocupación de mayor importancia es la *sucesión* en su cargo: los principios, estrategias y procedimientos pueden continuarse y repetirse, pero a Javier no se lo puede clonar. ¿Qué pasará cuando él no esté? Como ser humano excepcional, él se ha vuelto indispensable para todos. Es la figura del padre, el educador, el planificador y arquitecto, recaudador de fondos, negociador, el que resuelve problemas, y la inspiración espiritual que motiva tanto a los muchachos como al personal. Nunca he podido imaginar al individuo que pudiera pasar a ocupar su lugar. Candidatos esperanzadores han surgido, pero solo para después retirarse porque no se ha compartido el poder en forma eficiente o porque las exigencias del programa los ha agotado, o ambas cosas.

La sucesión está de hecho complicada por el prestigio del programa y el tamaño de su presupuesto, lo que hace que Bosconia sea un programa codiciado por numerosos políticos o burócratas. Javier ha mantenido un apoyo asombroso para el programa a niveles altos del gobierno, incluidas una sucesión de alcaldes de Bogotá y primeras damas de Colombia. El mantenimiento de estas relaciones es una batalla constante cuyas reglas del juego cambian con los distintos gabinetes, pero Javier lo ha manejado con éxito por 25 años. Nadie ha presentado un desafío de importancia a Javier, pero su sucesor pudiera ser más vulnerable. Quizás la solución se presentará a través de una estructura nueva, más descentralizada con un administrador de mucha capacidad a nivel superior, y un segundo nivel de directores de departamentos con destrezas especializadas y autoridad y responsabilidad reales, y con los egresados que ahora ocupan la línea de educadores a cargo de preservar la mística del programa.

Si constituirse en un modelo es un indicador del éxito, Bosconia debe recibir un puntaje muy elevado. Una diáspora de ex profesores y estudiantes ha establecido sus principios en un sinnúmero de otras instituciones. No obstante, precisamos documentar de una manera más eficaz la replicación de Bosconia y también sus resultados. ¿Qué ha sido de los muchachos que concluyeron el programa? La naturaleza del programa y el caos en Colombia hacen casi imposible la tarea de seguimiento. Me aventuro a decir que un 25 por ciento de los jóvenes que logran beneficiarse del programa de educación por entre tres y cinco años (o más) verdaderamente llega a triunfar, es decir, obtiene empleos estables y un lugar decente para vivir y mantener a sus familias sin problemas; que otro 50 por ciento se capacita lo suficiente como para rebuscarse como la mayoría de los colombianos y evita terminar en la calle; y que el 25 por ciento restante tiene dificultad en obtener empleo y vivienda, salir de las drogas o resistir las tentaciones del hampa de Bogotá.



Un participante del programa de Bosconia repara las calles bajo un contrato entre Bosconia y la ciudad de Bogotá.

Quizás la pregunta más importante es si la experiencia del programa rompe el ciclo de violencia doméstica y abuso, la razón primera por la que tantos niños terminan en la calle. La visión acariciada de Javier ha sido que proporcionando suficiente amor y seguridad y la inmersión en un modo de vida distinto conduciría a que los jóvenes (y ahora las jóvenes) se relacionen con otros seres humanos, especialmente cónyuges e hijos, con el respeto y la compasión tan trágicamente ausentes en sus propias vidas. Leonardo Escobar es un ex alumno que personaliza el sueño de Javier. Licenciado universitario, ex becario de los programas de Fulbright y de la IAF, profesional, esposo y padre, Leo, con su esposa, ha creado un hogar diametralmente opuesto al de su niñez. En una ceremonia realizada el 17 de diciembre en honor a Bill Dyal, Leo habló sobre lo que la inversión de la IAF ha significado para la gente de América Latina. Cuando terminó, su hijo de tres años y rostro feliz le dijo a su radiante mamá: “Mi papi sabe hablar bien, ¿no crees?”



Los colombianos más vulnerables

Las calles de Bogotá: una travesía personal

Por Leonardo Escobar

En 1968, yo no tenía aun ocho años y vivía en La Dorada, Caldas, a unos 300 kilómetros al noroeste de Bogotá. Mi padre bebía en exceso y constantemente maltrataba a mi madre, quien me castigaba con frecuencia. Mis notas del primer semestre fueron bajas y mi madre me dejó solo, encerrado en la casa, mientras la familia iba a pasar un mes con mi abuelo. Fue un golpe duro para mí porque mi Abuelo Juanito me daba la seguridad y el amor que no recibía de mis padres.

Afortunadamente, la casa tenía una terraza de tres metros de altura desde donde podía trepar a los árboles y bajar a la calle. Ese fue el principio de mi experiencia como niño callejero. Nuestra gallada se divertía a lo grande jugando y nadando en el río Magdalena. Cuando salíamos del agua, fumábamos cigarrillos y tomábamos aguardiente. Regresaba a la casa solamente a dormir; y cuando mi familia regresó de Medellín, mi madre me castigó hasta hacer que todo el cuerpo me doliera. Decidí escaparme. Con camisa de manga corta y sin un centavo en los bolsillos de los pantalones cortos que llevaba, me monté en un autobús con destino a Bogotá. Cuando llegué, caía la noche, y hacía frío y llovía. Con el permiso del conductor, me quedé a pernoctar en el autobús, aunque no pude dormir por no tener con qué cubrirme y por no haber comido en todo el día.

A la mañana siguiente, comencé a explorar un panorama desolador; calles llenas de basura, gente durmiendo en los andenes, casas abandonadas, terrenos baldíos y

leños quemados que quedaban de las hogueras de la noche anterior. Alrededor de la estación comenzaban a abrir las tiendas, y la avenida cobró vida con el estruendo ensordecedor de bocinas y el trajinar de la gente. Todo era confuso para mí. Esa mañana, y muchas otras, me congelaba de frío y en pocos días la piel de la cara, los brazos y las piernas se me agrietó al punto de sangrar. Después de no haber comido durante dos días, finalmente me acerqué al puesto de venta de una señora que me dio algo de comer.

No me daba cuenta del peligro que corría. Andaba por San Victorino, cerca del Parque de los Mártires, en el centro de Bogotá, una de las zonas más peligrosas y temidas de la ciudad. A los ocho años, me convertí en un pequeño adulto, enfrentándome diariamente a lo que fuera, con las drogas y el alcohol como compañía para las noches de frío cuando dormía en la calle. Una de mis primeras lecciones fue reconocer el valor de la amistad de quien pasó a convertirse en mi hermano mayor. Tote, con 11 años de edad, tenía un inventario de palabras groseras que lo aprendí, y estaba armado hasta los dientes. El conocerlo significó mi iniciación como gamín, pilluelo que tenía que robar para sobrevivir, participar en los ritos de mi gallada y aprender a defenderme contra los más grandes que trataban de aprovecharse de mi falta de experiencia.

Con frecuencia vivía horrorizado por la amenaza de abuso sexual por parte de adultos e incluso de miembros

de la gallada. Yo era el más pequeño. Tote, mi protector durante tres años, me enseñó a pelear y a ganar el respeto de los demás. Descubrí que tenía algo de valor que compartir: podía leer, escribir y sabía aritmética, a diferencia de mis compañeros, y podía concebir estrategias. Sabía cuándo era el momento de robar, y podía detectar el peligro, incluso policías secretos. Un día —Tote tenía 14 años y yo 11— mi amigo no regresó a la entrada del edificio donde un guardia nos permitía dormir y su esposa a veces nos daba de comer. Semanas después supe que Tote había aceptado una pelea para arreglar cuentas. Nunca más lo vi. Fue una pérdida tremenda.

Unos días después, debilitado por la gripe, me convertí en el blanco perfecto de un “samaritano” que me llevó a su casa y trató de abusar de mí. Logré escapar y terminé en un hospital. Los médicos dijeron que tenía bronconeumonía, una palabra que no entendí pero que nunca pude olvidar. Me convertí en el niño mimado del hospital y el personal decidió entregarme a un interno. Al darme cuenta que iba a perder mi libertad, regresé al Parque de los Mártires. Un mes después de haber escapado, a fines de 1971, andaba rondando cerca de una escuela dirigida por la Comunidad de Hermanas de la Presentación. Hambriento, toqué a la puerta y las monjas me acogieron dándome comida, una ducha caliente, ropa y juguetes. Después, la hermana María de Sales me mandó a la Casa Bosconia. Sin saberlo, había dado los primeros pasos hacia una nueva vida.

Bosconia fue la creación de un sacerdote italiano, el padre Javier de Nicoló, que llegó a Colombia en 1949. A mediados de 1960, como capellán del Centro de Detención Juvenil de Bogotá, se convenció de que el sistema penitenciario no estaba educando a los muchachos sino que les estaba sacando tanto su dignidad como su libertad, intensificando su resentimiento y agresividad al regresar a las calles. ¿Por qué no trabajar con los niños callejeros de Bogotá antes de que fueran detenidos? se preguntó. El padre Javier desarrolló una filosofía que luego concretó en etapas del Programa Bosconia, donde los jóvenes y, luego, las jóvenes avanzan paso a paso.

La primera etapa establece lazos emocionales con los niños invitados a participar en las actividades dirigidas en los Patios de Externos, o centros de contacto. Se les explica que el programa no es una extensión de la vida callejera, que no pueden venir drogados, armados o buscando pelea. La segunda etapa o etapa motivacional, con una amplia oferta de deportes y juegos, los reta a escoger entre la calle y el programa. Para algunos, a quienes las drogas y la vida callejera les resultan más atractivas que el programa, la decisión la tienen que hacer varias veces.

Debido a que yo había ingresado al programa por intermedio de la hermana María de Sales, mi ángel de la guarda, salté las primeras dos etapas y comencé en la tercera etapa: el programa residencial. Mi primera impresión fue de limpieza y orden, campos de fútbol y canchas de básquetbol, y el sonido alegre de chicos jugando. Fui recibido con gran afecto y asignado a Taironas, que, como los otros dormitorios, llevaba el nombre de una tribu indígena.

El final de mi vida en la calle marcó un enorme cambio psicológico y físico. Las defensas que había adquirido en la calle empezaron a desaparecer y durante un tiempo me sentí debilitado. Los recuerdos del maltrato me perseguían. El apoyo y la paciencia de la hermana María



Leonardo Escobar entrevistando a Gustavo Alonso Garcés, izquierda, en la página opuesta, y a Alexander Gaitán Murillo, arriba.

y el padre Alfredo fueron fundamentales para dominar mis reacciones de agresividad, aislamiento e incluso de enfermedad. Además, entraba en la adolescencia y no entendía todo lo que me estaba pasando. Felizmente, conocí al padre Javier, que tenía la capacidad de cuidarnos a todos y aun así podía prestar atención individual cuando más se necesitaba. Se convirtió en mi padre, mi mentor y mi amigo incondicional.

Aprendí a participar en mi grupo. Como en las calles, entre los nuevos compañeros de mi edad, todavía era el “burguesito”, el niño rico que podía leer y escribir, y tuve que ganarme su respeto y la confianza de mis profesores. Entonces, fui elegido “jefe de la tribu” de nuestro dormitorio y participé como miembro en el Consejo de Jefes de Bosconia que representaban a cada dormitorio. Dirigí el grupo en la gimnasia diaria, la inspección del aseo personal, y la limpieza del dormitorio y las áreas compartidas. Después de la escuela, trabajaba con los profesores en actividades de recreo y de la casa. A la hora de dormir, era mi responsabilidad asegurar que todos estuvieran reposando, porque los días de semana comenzaban muy



Adriana Jiménez.

temprano. Nos mantenían muy ocupados, con poco tiempo para el ocio y los malos hábitos. Como jefe de mi tribu, a menudo solía ser desafiado a pelear hasta que un día decidí enfrentarme al temido “Aramba”. No éramos iguales en términos de tamaño y fuerza, y por tanto fui quien recibió la peor parte, pero me gané su respeto y el de los demás. Tenía que ser inteligente para sobrevivir. Siempre llevaba los bolsillos repletos de golosinas, y como era experto en canicas, me ganaba dinero vendiendo estos “garvinches”, los que inevitablemente volvía a ganar para venderlos de nuevo. Suplementaba mis ganancias con los pequeños bonos que me daban los profesores y directores. Todo esto atraía al grupo de muchachos mayores y más grandes que me defendían.

A los 14, decidí regresar a mi familia en La Dorada. Cuando llegué, encontré a mi madre y hermanos fuera de la casa esperando que mi padre los dejara entrar después de ingerir su dosis regular de alcohol. El regreso me permitió mejorar mis relaciones con mi madre, pero tuve que abandonar el esfuerzo de ayudar a mi familia. Regresé a Bosconia, y me integré a la República de los Muchachos, mejor conocida como “La Florida” por su ubicación en el Parque La Florida. Esta cuarta y final etapa del programa para los jóvenes listos para la autosuficiencia tenía, en 1976, una infraestructura comparable a cualquiera de las mejores instituciones educativas de Colombia. Nos reuníamos en el Cabildo, una cabaña circular con capacidad para 400 personas, para tomar decisiones y celebrar eventos. Elegíamos un consejo de gobierno integrado por un alcalde, secretarios de gobierno, finanzas, educación y salud. El autogobierno significaba castigar las infracciones. En una ocasión, después de discutirlo, obligamos a uno que siempre fingía estar enfermo a que se quedara el día entero en cama mientras los demás le servían y hacían su trabajo. Le dio tanta vergüenza que se disculpó y pidió que le levantaran el castigo.

La sección residencial de La Florida tenía 32 casas, que acomodaban a 15 personas cada una, y cada ocho casas formaban un vecindario con una plaza y jardines. La sección administrativa tenía cocina amplia, comedor general, un salón para diversos usos, cooperativa de ropas, biblioteca y banco para nuestra propia moneda, el florín. Nuestra escuela tenía aulas y talleres para capacitación vocacional y música, baile y teatro. Descubrí que tenía oído para la música y estudié la flauta travesera por un tiempo. Aunque continuaran o no, todos los que se animaban a estudiar música, teatro o baile adquirirían disciplina, perseverancia y paciencia. Para fines de 1970, La Florida formó su primera orquesta, la cual ha actuado



Julián Acevedo y Juan Esteban Sepúlveda.

en el extranjero. Hoy en día, el programa tiene varias orquestas así como grupos de teatro, danza y coro, que proporcionan alegría y orgullo indescriptibles.

En 1980, fui uno de los primeros 15 estudiantes de La Florida que se graduó de la escuela secundaria. Un poco después, el padre Javier me avisó que yo había sido designado para enseñar en la Escuela Autoactiva la Arcadia, una unidad educativa con una escuela primaria y talleres vocacionales para 250 niños en la etapa previa a la República de los Muchachos. La Arcadia es una finca en las afueras de Bogotá. Desde la carretera puede verse una casa blanca grande de la época de las grandes haciendas, rodeada de campos fértiles, donde nosotros y nuestros estudiantes sembrábamos rosas y otros cultivos, preparábamos jardines y cuidábamos animales.

Como educador, descubrí que tenía a mi cargo una manada de toros rebeldes, un grupo de 30 chicos que me recordaban lo que nosotros habíamos hecho sufrir a nuestros profesores. Mi colega fue Ramiro Rivero, un líder nato, educador y músico, y amigo. (Su pasado trágico, que incluía la pérdida de toda su familia, lo

atormentaba. En las calles, casi se había quemado por completo, al cometer el frecuente error de muchos chicos de encender marihuana después de haber inhalado gases de gasolina, sin darse cuenta de que su ropa se había impregnado de los gases. Después de dejar la enseñanza, decidió acabar con su propia vida). La Arcadia fue la mejor oportunidad para Ramiro y para mí de aprender a ser profesores. Teníamos que ser creativos para evitar usar la fuerza contra los chicos, porque ponerle la mano encima a uno de ellos era motivo de despido. En un caso, probamos varias técnicas para evitar que dos de los niños pelearan, pero sin resultados. Un día se nos ocurrió obligarlos a que se pasaran un día entero juntos, siempre a menos de un metro, y lograron hacerlo sin una sola pelea. Aunque nunca se convirtieron en grandes amigos, aprendieron a convivir en paz.

En 1983, el padre Javier me nombró director de la Casa Camarín, en el Barrio de la Candelaria, centro histórico de Bogotá. Fue un cambio drástico en comparación con la finca. Camarín era un espacio cerrado, un dormitorio grande con una hilera de baños y duchas y una cocina



Coro de niñas.

pequeña; formaba parte de la etapa motivacional, con un programa intensivo de desintoxicación al que un nuevo grupo de 30 niños, acostumbrados al pegamento, la pasta de coca, la gasolina y el alcohol, entraba cada 45 días. Una o dos veces a la semana, yo acompañaba a Majito, Manuel Ospina, a hacer visitas a las camadas, donde los niños callejeros dormían, para invitarlos a participar en las actividades del Patio. Majito era un maestro excepcional, un ex niño de la calle dedicado al programa hasta el día que murió. Una vez que reuníamos un grupo interesado en el programa, Majito me ponía a cargo de llevarlos del Patio a Camarín. Los jóvenes, harapientos y mal olientes, se aprovechaban de la caminata de 15 minutos para portarse mal. Cuando llegábamos a Camarín, les mencionaba las cosas que no podían continuar haciendo. Una vez, después de darme cuenta que fumaban marihuana, les hablé como acostumbraba y los dejé solos para que decidieran qué era lo que querían hacer. Después de un rato, por su propia voluntad, uno se acercó y me dio el resto de la marihuana y otro me dio las navajas porque querían pasar a la próxima etapa.

Algunos jóvenes nunca pudieron superar sus malos hábitos. A pesar de que yo había experimentado con todo —gasolina, pegamento y pepas, una bomba hecha de gaseosas, alcohol y un sedante fuerte— nunca me volví adicto. Además, en comparación con otros, me había beneficiado de cierta educación, y quería más. Durante mis años como educador y director, tuve que utilizar todo lo que aprendí del programa. Varias veces pensé en renunciar, pero los cambios operados en cada

chico que pasaba por La Arcadia, Camarín y Bosconia, traídos por la dedicación, perseverancia y paciencia, me motivaron a continuar.

En 1986, una beca Fulbright me permitió estudiar teoría y práctica del desarrollo moral con Lawrence Kohlberg de la Universidad Harvard. Al regresar a Colombia, reasumí la dirección de Camarín y asumí la responsabilidad de otras casas, la capacitación de nuevos profesores y la representación del programa en seminarios y otros eventos. Al comienzo de 1989, gracias a dos donaciones de la Fundación Interamericana, realicé una pasantía en EE.UU. que me llevó a 12 ciudades y luego obtuve una maestría del School for International Training en Brattleboro, Vermont. A principios de 1993 inicié una carrera de diez años de duración con la Fundación De Waal de Holanda, coordinando centros de capacitación para educadores de las calles en 10 países latinoamericanos.

Para escribir este artículo, regresé a las calles de Bogotá después de casi dos décadas de ausencia y constaté que el programa había crecido de las tres casas de principios de 1970 a 76 instalaciones, abarcando desde refugios hasta impresionantes escuelas vocacionales. Además, por toda Colombia tiene proyectos de servicios a niños y adultos que representan el 31,1 por ciento de los colombianos que viven actualmente en la pobreza. Aunque las calles son ahora más violentas, observé que la pasta de coca y el pegamento de zapatos, que ya se usaban antes, siguen siendo las drogas más utilizadas debido a su bajo costo. Ellas causan lesiones cerebrales irreparables en niños que la sociedad considera descartables. Como jóvenes de entre 14 y 22 años, estos muchachos se hacen miembros de pandillas por las mismas razones por las que nosotros nos integrábamos a las galladas: problemas familiares, pobreza, falta de empleo. Un prontuario criminal y la falta de un documento de identidad se combinan para dejar al pandillero sin otra alternativa que el consumo de drogas y más delitos.

Trapevistas es el vocablo que Bosconia utiliza para los miembros de pandillas que buscan un modo de vida diferente por medio del programa. Éste los ayuda a obtener una cédula de identidad y les ofrece adiestramiento. La oportunidad de visitar a estos trapevistas me recordó la preocupación del padre Javier por la falta de posibilidades de empleo que enfrentaban los egresados anteriores. Una donación de la IAF de 1976 proporcionó apoyo al primer intento de responder al problema, y el padre Javier invirtió los fondos en nuevas oportunidades educacionales y en una finca en Acandí. Las posibilidades de encontrar empleo siguen siendo un desafío. Las

empresas a las que el padre Javier recurre contribuyen de buenas a primeras pero inicialmente se resisten a contratar a los egresados por temor de sus antecedentes. No obstante, el padre Javier ha persistido y el programa ahora coloca a más de 2.000 jóvenes en proyectos de reordenación urbana: limpieza de alcantarillas, caños y tuberías de aguas residuales; mantenimiento de parques; operación de baños públicos; pintura de fachadas; y reparación de calles y veredas.

Durante mi visita, hablé con Jorge Iván González Bermúdez, de 24 años de edad, sobre cómo los trapevistas de hoy se están preparando para trabajar. González ha estado en el programa durante seis años y actualmente estudia litografía y mecánica. Me contó que empezó a creer en sí mismo cuando empezó a asistir a clases de electricidad e hidráulica. Jimmy Alexander Niño, también de 24, ha estado en el programa por cuatro años y estudia diseño gráfico, mecánica de automóviles y reparación eléctrica. En sus propias palabras, supo que había cambiado “cuando comencé a trabajar y la gente me empezó a mirar y a tratar de una forma diferente porque ya no me veía parado en la esquina causando problemas”.

Los muchachos preocupados por sus hermanas alertaron al padre Javier sobre un fenómeno alarmante en las calles desde 1980 —la creciente presencia de niñas. Con el apoyo de su hermana, la carismática hermana Dora de Nicolás, el padre abrió Juventud Unida, mejor conocida como “Casa de la 78” para un grupo pequeño de chicas que necesitaban ser rescatadas urgentemente. A mediados de 2004, cuando hice mi visita, el 40 por ciento de los beneficiarios del programa estaba compuesto de niñas y mujeres jóvenes de entre 8 y 22 años; entre ellas, Alba Castillo, de 16, Catherine Manrique, de 15, y Johana García, de 16, todas ahora en La Florida, sostienen que las experiencias de sus hermanos las motivaron. “Pude ver todo lo que él había podido cambiar”, Catherine explicó. Además, el programa ahora ofrece diariamente a adolescentes y adultos callejeros duchas calientes, comida y recreo, así como capacitación y colocación de empleo, en instalaciones adaptadas a la población a la que prestan servicios. Cada una también tiene restaurante,

escuela, centro técnico y vocacional, lavandería, centro recreativo y un espacio dedicado a la cultura.

Este testimonio me ha traído recuerdos que han suscitado emociones conflictivas de gran tristeza y gran satisfacción. Lo que más profundamente me ha afectado es que mi padre y mi madre ya no están vivos y que mi hijo Nicholas nunca disfrutará de su compañía. A pesar de que no fueron los mejores modelos como padres, estoy seguro que hubiesen sido muy buenos abuelos. Mi regreso, el año pasado, significó el reencuentro con maestros que me adiestraron o a quienes yo les había dado la bienvenida a Camarín, como estudiantes. Estoy agradecido a ellos, al padre Javier y al resto del personal por su apoyo durante mi visita. Cada uno de ellos tiene motivo para estar orgulloso del ejemplo que está dando personal y profesionalmente. Son ellos los que le infunden fuerza y vitalidad a este excelente programa para niños y niñas.

Leonardo Escobar vive en EE.UU. con su esposa e hijo. Trabaja para la firma asesora Resolutions Dynamics.



El maestro Manuel Rubio (con gafas protectoras).

Manos del Uruguay: su estado de cuentas

Por Paula Durbin

Casi tres décadas después de recibir su primera donación de la IAF, Manos del Uruguay es hoy la principal productora de hilos y prendas del país. Sus talleres en todo Uruguay y la central de servicios de Montevideo que los coordina mantienen un nivel constante de actividad con el hilado y teñido del algodón y la lana que luego se convierten en una variedad ilimitada de chales, ponchos, suéteres, bufandas, gorros, alfombras, mantas, tapices, faldas y, más recientemente, bikinis, que adornan las vidrieras de hasta la misma Quinta Avenida de Nueva York y más allá. En Uruguay, como señala Rodolfo Gioscia, gerente general de Manos, esta marca disfruta más que de un simple reconocimiento: en una encuesta nacional de las marcas más queridas del Uruguay ocupó el segundo lugar, solo superada por la cooperativa láctea nacional.

Según las personas entrevistadas para este artículo, el éxito de Manos, y su misma supervivencia, han dependido menos de los productos que de la gente. “Defendimos este proyecto, creímos en él y por eso sigue existiendo”, dice Norma Carugno, haciendo referencia a los desafíos de los últimos 36 años. Ella se incorporó a Manos en 1983; fue nombrada presidenta de su cooperativa de tejedoras en Totoral del Sauce, en las afueras de Montevideo; fue presidenta del directorio de Manos durante dos mandatos y actualmente ocupa el cargo de secretaria del directorio. “Si esto tuviera dueño —sostiene— no existiría”. Pertenencia, más que posesión, describe mejor lo que las trabajadoras sienten por Manos. El nivel de compromiso del personal ha hecho posible que la empresa se enfrentara a dificultades que otras no pudieron superar, insiste Cecilia Zaffaroni, quien desarrolló los recursos humanos de Manos en la década de 1980.

Manos del Uruguay fue lanzada en 1968 en circunstancias poco alentadoras. Uruguay se encontraba en

Conjunto de Manos del Uruguay de la colección invierno 2004–2005 de Peruvian Connection.



pleno declive económico que empeoraría con el tiempo. Se había declarado la ley marcial y la situación se agravaría hasta el punto de imponerse el estado de sitio, seguido de una década y media de dictadura militar. La fuerza de trabajo consistía en 17 grupos informales dispersos desde las afueras de la capital hasta la frontera con el Brasil, contando típicamente cada uno con un solo teléfono público. Las tejedoras eran principalmente amas de casa de las zonas rurales donde las artesanías eran una tradición, pero la idea de que pudieran convertirse en una fuente estable de ingresos era inusitada. Y aunque eran muy talentosas, sus artesanías apenas comenzaban a reflejar los brillantes colores y encantadores diseños que han llegado a caracterizar el estilo de Manos. Elizabeth Sosa, la tejedora de telar que actualmente es presidenta del directorio de Manos, iba a la escuela en San José, a 90 kilómetros de Montevideo, cuando el pequeño grupo que incluía a su madre recibió su primer pedido de manteles de un metro cuadrado. “La lana con la que estas mujeres trabajaban nos asustaría hoy en día porque era verdaderamente rústica —recordaba mientras el resto del directorio se reía— lavada a mano, toscamente hilada y sin teñir”.

Pero la fundadora de Manos, Olga Artagaveytia, había podido ver más allá de todo eso cuando se imaginó una industria que ofrecería a las artesanas no solo empleo sino una oportunidad para capacitarse profesionalmente y dirigir el negocio. Artagaveytia, cuyo origen aristocrático es evidente, define su visión como simple cuestión de sentido común. “Vivía en el país”, explica. “Sabía que había mujeres que producían artesanías y que existía una enorme brecha entre ellas y el mercado. Mientras consideraba cómo organizar su producción y llevarla adelante, busqué aliados y descubrí que mi idea no era nueva”. Tras investigar los intentos que habían fracasado, ella y cuatro personas que compartían su visión eligieron su propia estrategia. Primero, identificaron los lugares con tradiciones bien enraizadas de tejido y mujeres ansiosas por trabajar. Luego, acumularon modestas existencias de alfombras, ponchos y mantas para sillas de montar para poner a prueba en dos mercados que abastecían a algunos de los consumidores de más alto poder adquisitivo del Cono Sur: Punta del Este en temporada alta y la exposición anual de la Sociedad Rural en Montevideo. Con precios más de 10 veces superiores al costo, vendieron casi todos los artículos. “Claramente, era algo que valía la pena perseguir”, recuerda Artagaveytia al concluir.

A fin de mejorar la calidad, el directorio contrató a la ahora difunta Beatriz de María, una ex monja venerada hasta estos días por las artesanas cuya técnica perfeccionó. También vinculó los grupos al Centro Coopera-

tivista Uruguayo, lo cual los ayudó a establecerse legalmente como cooperativas. Los 17 grupos se organizaron rápidamente aunque, bajo el gobierno militar uruguayo, cada reunión debía ser autorizada por adelantado y supervisada por un agente de policía. Cristina López, vicepresidenta del directorio, recuerda a un policía a quien se le contagió el entusiasmo de su grupo hasta tal punto que solicitó incorporarse a él. Más inquietante fue que durante muchos años las conversaciones telefónicas fueron interceptadas: Carugno recuerda que en un momento se sospechó que el sistema de numeración de prendas de Manos fuera un código subversivo.

Mirian Hernández, egresada de la escuela secundaria y casada con el panadero del pueblo, fundó la cooperativa a la que se afilió Carugno en Totoral del Sauce, y durante muchos años las mujeres trabajaron en su garaje. Bajo su dirección, el grupo ahorró lo suficiente como para comprar su propio taller en 1980. Los dueños se encontraban en proceso de divorcio y el marido quería su parte del precio en dólares. “Yo no sabía nada sobre el dólar —explica Hernández— pero fui al banco y aprendí”. En 1976, un



Socias de una cooperativa desenredan lana en 1980.



PAULA DURBIN

Hilos estriados matizados.

préstamo blando de US\$500.000 del Banco Interamericano de Desarrollo hizo posible que las otras cooperativas adquirieran balanzas e instrumentos y trasladaran sus actividades a locales de su propiedad.

También en 1976, Manos solicitó su primera donación de la Fundación Interamericana y utilizó los fondos para la capacitación y para mejoras técnicas. Una segunda donación, en 1980, facilitó la transferencia de la administración a las artesanas. Patrick Breslin, fotoperiodista independiente que entonces realizaba su primer trabajo para la IAF y ahora es su vicepresidente de relaciones externas, realizó un reportaje sobre la donataria para la publicación *Desarrollo de Base* 1980 (vol. 4, n.º 2). Informaba Breslin que Manos, con 1.022 artesanas miembros, se había convertido en uno de los 10 empleadores más grandes del Uruguay; las ventas habían alcanzado US\$1,3 millón. “Habiendo aparentemente establecido su base económica —comentaba— Manos ahora está dando pasos progresivos para incrementar la participación de las artesanas en la dirección y administración de la organización. El objetivo es que las artesanas controlen el directorio”.

Artagaveytia comenzó a preparar el camino ese año al invitar a las artesanas a asistir como oyentes a las

reuniones del directorio. Para el año 1988, la transferencia completa del mando era un hecho. Los estatutos de Manos se volvieron a redactar a fin de permitir la participación exclusiva de las artesanas en el directorio: la presidenta, la vicepresidenta, la secretaria y la vocal nombradas y elegidas por las presidentas y secretarías que representan a cada una de las cooperativas. Este procedimiento parece haber resuelto el problema de sucesión que afecta a tantas organizaciones de base cuyo fundador es el impulsor, y nadie parece más complacida que Artagaveytia. “Siempre he dicho que Manos tiene dos líneas de productos. Una está en los ponchos y demás”, dice. “La otra —agrega con un gesto al directorio que parecía abarcar a toda Manos— son estas señoras”.

Más que nunca, el éxito de un proyecto de base se determina a partir de los resultados observables. Y Cecilia Zaffaroni, ex integrante de Manos y actualmente decana de la Facultad de Ciencias Sociales y Comunicación de la Universidad Católica, escribió un libro sobre cómo medirlos titulado *El Marco del Desarrollo de Base*, que se basa en una versión anterior del Marco de Desarrollo de Base de la IAF. En el caso de Manos, Zaffaroni afirma que los resultados que ella denomina “sociales” son inequívocos: se logró el objetivo de formar líderes. “Manos demostró que

las mujeres con familia y sin experiencia administrativa podían aprender a preparar un presupuesto y un estado de cuentas y hacerse responsables de un negocio”, sostiene. Lo que hizo posible este logro, insiste, es la enseñanza sólida que aún ofrece el sistema escolar uruguayo.

Otros lo atribuyen además a una firme ética profesional individual y un deseo de independencia, en momentos en que el movimiento de emancipación de la mujer recién comenzaba. “Todas estaban felices de tener un ingreso derivado de productos hechos con sus propias manos, pero también pasaron por cambios importantes”, explica Elisabeth Sosa. “Iban contra viento y marea. No parecen tantos años pero hay que tener en cuenta la época. Las mujeres no tenían sus propios ingresos; era el marido quien aportaba. Este trabajo sacó a las mujeres de sus hogares e hizo posible que funcionaran en forma autónoma. Además, aprendieron verdaderamente a participar en reuniones, a administrar dinero, a tomar decisiones, a organizar los pedidos, las entregas y el almacenamiento, a encargarse de todas las necesidades de la cooperativa que estaban formando y a hacerse responsables de ella. Maduraron como personas y descubrieron aptitudes que no sabían que tenían. Fue una revolución”.

Desde un primer momento, los productos de Manos aparecieron en Europa llevados por gente que había viajado al Uruguay por negocios. Cuando una capa de Manos apareció en la tapa de *Elle*, la revista francesa de modas, “casi nos morimos —dijo Artagaveytia— y comenzamos a pensar muy en serio en vender al exterior”. El directorio contrató a un consultor de negocios británico de gran experiencia que instó a abrir un local de venta en EE.UU. Aunque el personal estadounidense consiguió que John Lennon luciera un suéter de Manos y las fotos se publicaran en todo el mundo, el local neoyorquino no sobrevivió por mucho tiempo. Su cierre coincidió con el comienzo de problemas graves en Uruguay.

Para comienzos de la década de 1980, Manos se hundía a medida que Uruguay caía en una recesión cada vez más profunda. Una última donación de la IAF, en 1983, estructurada de manera de resolver las obligaciones crediticias, la rescató, según Gladis Quintana, gerente financiera que ha trabajado para Manos por 34 años. La empresa no ha recibido donación alguna desde entonces, salvo un préstamo del BID de US\$90.000, en 1997, afirma, y su única subvención del gobierno consiste en una exención de impuestos (el impuesto al valor agregado y los pagos de la seguridad social correspondientes al empleador) aplicable a cualquier organización constituida en forma similar. Pero sin inversionistas ni bienes —ya que todas las propiedades son legalmente de las cooperativas



Teñido artesanal de los hilos, que produce colores matizados.



Un diseño de Judith Shangold para hilos de Manos del Uruguay.

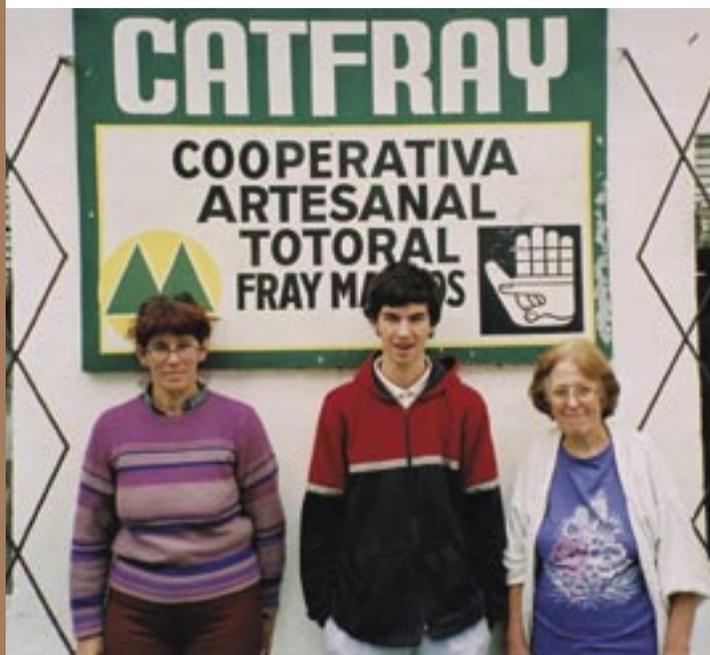


PAULA DURBIN

Elizabeth Sosa, presidenta del directorio de Manos del Uruguay, con un tapiz de Manos.

individuales— “Manos no tiene acceso a capital como lo tiene un supermercado”, explica Rodolfo Gioscia. “Si tenemos un año malo, estamos bajo agua”. Y ha habido años malos; destacándose en forma espectacular el año 1992, cuando el Brasil devaluó el real, y el período de 1998 a 2002, que culminó en la crisis argentina y el brusco descenso de la economía uruguaya que alcanzó niveles nunca vistos. Los tiempos difíciles no solo redujeron el consumo local sino que hicieron peligrar las fuentes de materia prima ya que los pequeños productores se vieron obligados a efectuar recortes de personal, vender maquinaria y abandonar la cría de animales. Empresas más grandes y aparentemente solventes cerraron.

Manos logró salir adelante, a pesar de los números rojos, en parte con recortes de personal y tercerización. La cooperativa cuenta con 450 integrantes, cifra que representa un aumento en comparación con los 300 de 1998 —la



PAULA DURBIN

Sebastián Romero, de 18 años, recibió recientemente la bienvenida a la Cooperativa Artesanal Totoral Fray Marcos de parte de Mirián Hernández, derecha, su abuela y fundadora de CATFRAY y de María Medina, su madre, una tejedora de CATFRAY. “Soy el primer hombre que realiza este trabajo para la cooperativa”, dijo Romero, quien opera una máquina de tejer y está aprendiendo a cortar.

cifra más baja— pero una disminución en comparación con los 1.200 de 1983 —la cifra más alta. El personal de la central de servicios se redujo de 120 a 40 y ahora consta de 85 empleados. Una ronda de jubilaciones hizo un poco menos dura la reducción del personal y, según Gioscia y Sosa, en el espacio de 22 años miles de mujeres han encontrado otros empleos gracias a las destrezas adquiridas por medio de la capacitación en Manos. La dotación actual es más productiva que nunca, afirma Carugno, gracias a una mejor tecnología. La globalización, al menos inicialmente, ha traído pedidos grandes y, durante la temporada alta, contratan entre 300 y 600 trabajadoras adicionales a fin de poder cumplir con los cortos plazos de entrega.

Los ingresos derivados de toda la producción de Manos el año pasado ascendieron a US\$4,2 millones, más del doble de los generados en 1998, y las exportaciones representaron el 70 por ciento. De esas ventas, US\$600.000 pueden atribuirse al pedido de J. Crew de 87.000 mitones, gorros y bufandas, que requirió que pueblos enteros trabajaran sin parar para despachar a tiempo. Otros clientes estadounidenses incluyen Victoria’s Secret, Donna Karan, Nordstrom’s, Saks Fifth Avenue, Bloomingdale’s, Ralph Lauren y Peruvian Connection. Cuando *Desarrollo de Base* visitó a Manos, en marzo, estaba por teñir 11.000 kilos de hilos para Banana Republic. “Actualmente estamos traba-



PAULA DURBIN

María Inés Payssé, diseñadora.

jando para empresas estadounidenses de primera línea”, dice Carugno. “Eso requiere una calidad considerable y la capacidad de adaptarse a todos los requisitos del cliente”. Un contrato con un cliente en el exterior típicamente implica proponer un diseño e incorporar las modificaciones del cliente, antes de seleccionar la cooperativa que se encargará de despachar el pedido, preparar los moldes en cada talla (indicando incluso detalles tales como el largo del fleco), redactar las instrucciones que indican la cantidad de hilo y cuánta entretela usar, asegurar el suministro de materia prima, gestionar la entrega de los productos terminados a la oficina central, realizar un control de calidad y gestionar el envío, típicamente dentro de un plazo de 90 días. Luego, los materiales sobrantes deben recogerse para almacenarse en Montevideo o reciclarse; y las máquinas deben ser reparadas.

“Ha sido un esfuerzo constante: por un lado, identificar el mercado, conseguir clientes y conservarlos; por el otro, coordinar toda la producción a distancia”, afirma Sosa. Mucho menos estresante es preparar la línea de prendas y artículos de decoración para el hogar que son vendidos bajo la marca Manos del Uruguay, típicamente en las boutiques de Manos en Montevideo y Punta del Este. (Hace años, Artagaveytia agregó artesanías hechas por artesanos independientes que vendían en consignación, con la idea de que los clientes que entraran en las tiendas para comprar un jarrón cerámico quizá comprarán también un poncho.) Originalmente, la línea estaba destinada a la mujer uruguaya madura y adinerada, interesada en calidad, comodidad, abrigo y color; una especie de fusión de Eileen Fisher y Missioni. Manos contrató



JUDITH SHANGOLD

Hilando

recientemente a nuevos diseñadores, tales como María Inés Payssé, de 23 años, para atraer también a compradores más jóvenes. Aun así, explica Sosa, “simplemente no tenemos el volumen en el Uruguay, salvo para lana hilada. Por eso es tan importante exportar”.

Lamentablemente, los términos para producir gran parte del volumen impulsado por la exportación están siendo dictados cada vez más por los sueldos bajos que se pagan en otras partes del mundo, lo cual reduce el margen de Manos para gastos generales, y las que salen perdiendo son las artesanas. Desde que comenzó sus actividades, Manos se ha comprometido a pagar el sueldo mínimo, que se calcula según el tiempo que normalmente tomaría hacer un artículo; una trabajadora rápida podría ganar más y una trabajadora lenta gana menos. Negociar ahora un precio que permita que Manos pague el sueldo mínimo hace peligrar el contrato. “Hacemos todo lo posible por complacer a estos clientes —sostiene Sosa— pero cuando el precio es demasiado bajo, les damos a las cooperativas la opción de no aceptar el trabajo. A menudo realizamos el trabajo de todos modos, a fin de no perder al cliente”. ¿Pero, es eso suficiente?

“A las grandes empresas no les importa si les dan trabajo a mujeres rurales”, responde rápidamente Gioscia. “Las artesanas entienden que tienen que entregar exactamente lo que los clientes quieren al precio que ellos están dispuestos a pagar. China no es una posibilidad, es una realidad, y es la competidora más grande, no solo de Manos del Uruguay, sino del mundo entero. Ya estamos perdiendo clientes y la situación seguirá empeorando. Nuestra única opción es mejorar la calidad, mejorar el cumplimiento, acostumbrarnos a trabajar con márgenes más reducidos aún y ofrecer lo que el Lejano Oriente no puede ofrecer”. Gioscia también espera establecer una presencia más fuerte en Europa donde, según un artículo



MARK CAICEDO



de Fareed Zakariah, en el número del 9 de mayo de 2005 de *Newsweek*, las ventas de suéteres por parte de China han aumentado en más de un 534 por ciento desde el 1 de enero.

“Obviamente debemos destinar productos específicos a mercados específicos”, dice Carugno. Manos toma ahora seriamente lo que posiblemente haya sido el mejor consejo de su consultor británico de hace 20 años: hacer y comercializar un producto básico que, según él, debían ser los hilos estriados de colores matizados. Hilados a mano y teñidos a mano para producir graduaciones sutiles de color que dan a la prenda terminada un suave brillo, estos hilos se han estado produciendo desde la década de 1970. Recientemente han alcanzado tal nivel de popularidad que la página Web de WoolWinders califica de “casi absurdo”. Judith Shangold, propietaria de Design Source, dice que las ventas en EE.UU. han aumentado 10 veces desde que se convirtió en la distribuidora estadounidense en el año 2000. “Los hilos son atractivos para las tejedoras por muchos motivos: la suavidad, la variedad de los 95 colores que ofrecen, la modalidad estriada el teñido artesanal que produce colores matizados, y el apoyo a los patrones o modelos que hemos desarrollado aquí, en EE.UU.”, afirma, haciendo referencia a sus propios diseños que abarcan desde suéteres hasta calentadores de piernas y mantas tejidas. “Y la interesante historia de Manos ha demostrado ser una valiosa herramienta de comercialización”, agrega. “A la gente le gusta la idea de que al comprar un producto apoya el desarrollo económico de la mujer”.

Por ahora, dice Shangold, Asia no representa una amenaza para los hilos de Manos. “Otros productores del Uruguay están tratando de establecerse con un producto similar, pero creo que les está resultando difícil competir con la marca Manos”. Un cliente leal de Manos es Peruvian Connection, que se especializa en ventas por catálogo de moda sudamericana de primera línea. “Desde por lo menos la década de 1970, las prendas producidas por esta maravillosa cooperativa han disfrutado de gran éxito”, asegura Annie Hurlbut, directora ejecutiva, quien compra hilos y prendas diseñados por Manos. “En lo que hace a la competencia, Manos del Uruguay produce calidad artesanal en cantidades limitadas, lo cual no sería adecuado para las tiendas de ventas masivas del mundo. China es más adecuada para ese tipo de producción”. Ampliar el nicho estrecho de consumidores exigentes es un problema al que se enfrentan las empresas en todas partes del mundo al vislumbrarse la siguiente fase de la globalización. ¿Podrá Manos mantener su ventaja competitiva? “Vendemos moda —manifiesta Carugno— y si seguimos existiendo después de 36 años, es porque nos hemos adaptado constantemente”.



Leticia Pérez, de 21 años, aprendió a tejer hace un año y resultó ser tan talentosa que ahora es instructora de CATFRAY.

SUEÑOS ENTRE LAS RUINAS: Una nueva generación de guaraníes reconsidera el desarrollo

Por Patrick Breslin

Fotos de Patrick Breslin

Quizás la historia haya ejercido un peso excesivo. Desde su fundación en la década de 1970, las pequeñas comunidades guaraníes de Fracrán y Perutí en la provincia argentina de Misiones subsistieron bajo la sombra intimidante de las ruinas de las misiones jesuíticas del siglo XVII diseminadas por la amplia cuenca del río Paraná.

Igual que esas antiguas misiones, Fracrán y Perutí fueron creadas por religiosos hispanohablantes y grupos nómadas de guaraníes de la selva. Ambas fueron respuestas a amenazas. Los jesuitas, según *La Misión*, película galardonada de 1986, crearon unas 30 reducciones, grandes haciendas alrededor de escuelas, talleres e iglesias, en parte para proteger a los guaraníes de los traficantes de esclavos. En una situación paralela moderna, Fracrán y Perutí fueron erigidas en tierras donadas por el obispo de Posadas, Misiones, para albergar a dos pequeños grupos de guaraníes —unas 66 familias— que debido al desbrozo por parte de los colonos quedaron sin la antigua selva que había sido su hogar. Aunque de escala inmensamente diferente y separados por siglos, ambos experimentos fueron microcosmos de la transición crítica en la historia de la humanidad, de la caza y la recolección de los nómadas a la agricultura sedentaria.

Fue en ese contexto que, hace casi 25 años, la Fundación Interamericana otorgó una donación para ayudar a las dos comunidades nacientes a desarrollar una base económica. Viajé recientemente a Misiones para ver los resultados a largo plazo. Lo que encontré fueron extrañas coincidencias con la trayectoria de las misiones jesuíticas, incluyendo la aparición en *La Misión* de unos 50 habitantes de Perutí y Fracrán, junto con una discusión brutalmente franca de las lecciones del desarrollo.

Ambos intentos de ayudar a los guaraníes florecieron por cierto tiempo. En una época caracterizada por la destrucción general de las sociedades indígenas en las Américas, los jesuitas y los guaraníes a su cuidado edificaron un modelo de cooperación pacífica y productiva que duró 160 años. Voltaire, uno de los críticos más feroces de la Iglesia Católica, comentó sobre este experimento social: “¿Hubo alguna vez en la historia una época de tanto bien y tan poco mal?” Pero la política internacional y las divisiones dentro de la Iglesia con el tiempo condenaron a las misiones al fracaso. Los jesuitas fueron expulsados, las reducciones fueron desmanteladas. Hoy en día, las que se encuentran en mejor estado atraen a turistas contemplativos en un desvío de las cercanas y ensordecedoras cataratas del Iguazú. De otras solo quedan paredes derrumbadas que evocan épocas pasadas y que han caído víctimas del abrazo de los sinuosos troncos de los árboles y la vegetación invasora.

El florecer y marchitar de los experimentos más recientes en Fracrán y Perutí duraron menos tiempo. A partir de fines de 1978, comenzaron a formarse las comunidades y se establecieron las primeras escuelas bilingües de Misiones. En 1982, con una donación de la IAF, agregaron ambiciosas actividades económicas, con la cría de pollos y cerdos para la venta. Pero 13 años después, cambios en la jerarquía eclesiástica local motivaron el retiro de los consejeros del proyecto; la comercialización por parte del Brasil de pollos congelados baratos socavó uno de los pilares de la emergente economía; y un desastroso incendio en Perutí destruyó el proyecto porcino. Sin embargo, las modernas comunidades guaraníes, a diferencia de las históricas, sobre-



vivieron, con muchos de sus adelantos intactos. Ahora, una nueva generación de jefes, formados y templados por las experiencias de sus padres y abuelos, está examinando el pasado y redefiniendo los objetivos comunitarios.

El reexamen comienza con el sueño original de los jefes guaraníes que solicitaron la asistencia del monseñor Jorge Kemerer, obispo de Posadas, en 1978. Uno de ellos, Pa'i Antonio Martínez, resumió para el obispo la difícil situación de su gente: "La selva ya no es libre, no podemos seguir viviendo de la caza, la pesca y el cultivo de maíz. La selva está desapareciendo a medida que los colonos la desbrozan. Para vivir, tenemos que trabajar para ellos. Solo pido una cosa: una escuela donde nuestros hijos puedan aprender su propio idioma, el guaraní, pero también el idioma de los blancos, el castellano, para que ya no se rían de nosotros, y matemáticas, para que no nos engañen cuando les pidamos lo que nos deben".

Otro jefe, Cansio Benítez, tuvo una solicitud adicional. "No tenemos dónde estar, vivimos a la vera del camino. Queremos que los colonos y turistas ya no nos exploten. Queremos nuestra propia tierra, nuestros propios hogares, nuestras propias herramientas, para trabajar la tierra y vivir de sus frutos", según lo cita el autor Selim Abou en *La "República" jesuítica de los guaraníes 1609–1768 y su herencia*. Para ese entonces, los dos grupos de guaraníes habían estado ocupando tierra de mala calidad y viviendo de unas pocas artesanías vendidas a los turistas. "Sufrían de tuberculosis y sífilis", recuerda Marisa Micolis, originaria de Misiones, de ascendencia italiana, y graduada en la Sorbona, quien fue nombrada directora del proyecto para los guaraníes. "Vivían simplemente bajo los árboles o se desplazaban de un lugar a otro. Pero estaba claro lo que querían: seguir siendo guaraníes, pero también aprovechar algunas de las ventajas del mundo blanco para disfrutar de una vida mejor".

La respuesta de Kemerer fue proporcionar una gran parcela de tierra a cada uno de los dos grupos, y crear un equipo dirigido por Micolis que se encargara de diseñar y poner en práctica un plan de desarrollo integrado para los guaraníes a medida que formaban sus nuevas comunidades. Con los fondos recibidos de la Iglesia y de donantes internacionales, entre ellos la IAF, las comunidades pronto tuvieron sus escuelas bilingües, además de tierra desbrozada para las parcelas familiares y comunitarias, huertos frutales, hornos de pan, talleres de carpintería, máquinas de coser y una cooperativa de producción de artesanías. Los fondos de la IAF proporcionaron instalaciones de cemento y sistemas de abastecimiento de agua para la cría de pollos y cerdos para vender a los pueblos vecinos.



Una alumna de la escuela bilingüe de Fracrán.

En la opinión general, el equipo de Micolis estableció un fuerte vínculo con los guaraníes. “Pasé 15 años yendo y viniendo de las comunidades”, recuerda Micolis. “Creamos un grupo de hombres y mujeres que pueden continuar con esta labor. Están en contacto constante con nosotros. Se forjó un vínculo entre nosotros”. María Rojas, quien actualmente trabaja para el gobierno provincial, trabajó en Perutí y Fracrán además de muchas otras comunidades guaraníes de Misiones. “Pasé quince años de mi vida allí, pero me gustaba. Tengo tantos recuerdos de esos años. Fue como un sueño”. Beatriz Acosta, maestra de enseñanza primaria, es ahora directora de la escuela de Fracrán. En 1985, fue invitada a trabajar allí por dos meses. “Me enamoré de la comunidad”, dice, y ha estado allí desde entonces, salvo tres años que pasó en Perutí.

Los lazos personales entre los guaraníes y los miembros del equipo de Micolis, indudablemente siguen siendo estrechos. Pero Acosta señala un problema fundamental del proyecto: “La tierra y todo lo demás les fueron dados. Tienen una cultura fuerte pero son muy dependientes”. Muchos de los que trabajan para el proyecto creen que los guaraníes participaron plenamente. Pero fue evidente en mi reciente visita que los guaraníes comparten la opinión de Acosta de que fue una relación que creó dependencia.

Mi acompañante en los viajes a las dos comunidades fue Javier Villalba, originario de Perutí, de 27 años de edad, y secretario de la Asociación de Comunidades del Pueblo Guaraní. Nos encontramos en Posadas y fuimos en auto en dirección norte a Perutí, que se encuentra junto a la Ruta 12, la autopista principal entre Posadas, capital de la provincia de Misiones, y Puerto Iguazú y las cataratas. El camino de tierra, casi intransitable en época de lluvia, serpentea pasando un depósito de madera abandonado y unas humildes casas de bloques de cemento, y se bifurca delante del largo y bajo edificio de la escuela. Frente a la escuela hay un área de recreación y un local con techo de paja para actividades y reuniones comunitarias. Unas 76 familias viven en Perutí, y a los pocos minutos de nuestra llegada a media tarde, la choza se llenó de pobladores de todas las edades, deseosos de hablar sobre la breve historia de su aldea.

Mario Muñoz inició la conversación, en guaraní, mientras Villalba traducía al español. Muñoz es el shamán o jefe religioso de Perutí, tras haber sido anteriormente el cacique o jefe político. “En general, el proyecto tuvo éxito”, dijo. “Los dos objetivos, tierra y escuelas, se lograron. Queríamos la tierra para proteger nuestro idioma y nuestra cultura, y ahora tenemos un sentido de seguridad porque tenemos nuestra propia tierra”. Pero Muñoz también recordó que había mucho que no estaba en manos de los indios. “Las personas que nos ayudaron se comportaron como padres. Los directores del proyecto se encargaban de todo. Todos los proyectos fueron ideados y administrados desde afuera, no por la comunidad”.

Los expertos externos se encargaron de la infraestructura financiada por la IAF para la cría de pollos y cerdos, lo cual agravó la situación de dependencia. “No hubo suficiente capacitación”, comentó Javier Villalba. “La gente vino aquí a administrar, a enseñar. Pero no vivían aquí, y no tenían la paciencia necesaria para enseñarle a la gente lo suficiente para poder seguir por su cuenta. Los pollos fueron vendidos sin que la comunidad supiera exactamente lo que sucedía. Nunca controlamos las ventas”. Con Villalba de traductor, varios de los aldeanos me llevaron a hacer un recorrido a pie que me hizo recordar una caminata del día anterior por las ruinas de San Ignacio Miní, donde los muros caídos y los contornos de los cimientos dan una idea de la magnitud de la economía que prosperó allí con los jesuitas. Nos detuvimos primero en Perutí donde había dos grandes explanadas de cemento que habían suministrado espacio para 600 pollos cada una, junto con un sistema de cañerías de calefacción para las aves. “Había polluelos nuevos todas las semanas”, me comentó Villalba. “Los mataban

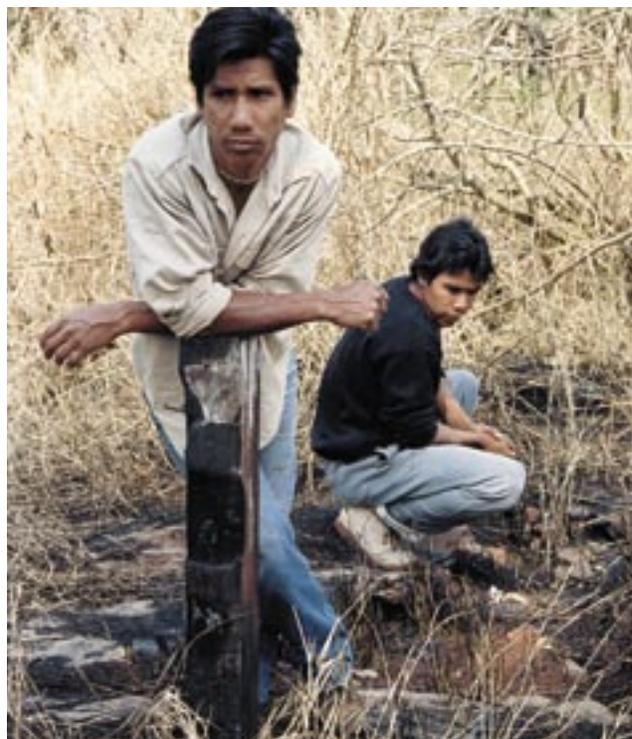


El cacique Ricardo González, Javier Villalba y su padre, Mártires, todos de Perutí, examinan un libro sobre su comunidad escrito por un jesuita libanés.

y limpiaban aquí y vendían la carne en los supermercados cercanos. Todo llegaba y salía en un camión, pero no administrábamos la empresa”.

Las observaciones continuaron en el lugar de la antigua pocilga. Lo único que queda son restos quemados del cobertizo, un piso de hormigón y unos pocos caños retorcidos. “Un incendio, probablemente causado por un cortocircuito, destruyó todo hace unos 10 años”, explicó Villalba. “Pero el proyecto porcino fracasó, en realidad, porque la gente no recibió capacitación. Era grande, demasiado grande. Una instalación para 100 cerdos que pesaban tanto como 150 kilos cada uno. Había un sistema de abastecimiento de agua, con espitas que los cerdos podían chupar. Mientras tanto, la gente seguía yendo a los manantiales para buscar agua. Los animales tenían una mejor infraestructura que la comunidad”. Esta imagen de los cerdos tomando agua de las cañerías mientras que la gente caminaba cargada de baldes pesados, todavía hacía reír a los aldeanos que nos acompañaban, incluso a los que eran demasiado jóvenes para recordar el proyecto claramente.

Más adentro, en las ruinas del proyecto se encontraba el taller de carpintería donado por europeos. Ese taller produjo los arcos y flechas, e incluso un arpa, que se usaron en la filmación de *La Misión*. En su auge, los maestros enseñaban carpintería a los niños guaraníes, pero los maestros también se encargaban del negocio del taller: la compra de madera y venta de puertas, ventanas, camas, mesas y sillas a pedido de los pueblos de los alrededores. Ahora el edificio está desierto; las sierras, taladros y cepillos de carpintero yacen oxidándose, y sólidos bancos de taller equipados con tornos de carpintero están cubiertos de polvo. Del otro lado del pueblo,



González en el lugar del incendio del proyecto porcino financiado por la IAF en Perutí.

un aserradero de tamaño industrial también ha sido abandonado. Una y otra vez, como en las ruinas jesuíticas, hay un sentido de pérdida, de devastación, de haber sucumbido a la historia.

La experiencia de Fracrán, según descubrí unos dos días después, fue menos dramática, porque del proyecto había sido menos ambicioso. Los cerdos y pollos no se comercializaron en la misma escala que en Perutí. En cambio, las 55 familias que ahora viven en la aldea crían animales para consumo casero. Como señala Beatriz Acosta, “Cualquier otra cosa los hubiese atado y no quieren estar atados”. Fracrán conserva más de la tradición nómada. A una familia puede ocurrírsele de golpe irse de viaje y llevarse a sus hijos, lo cual —se queja Acosta— ocasiona muchos problemas con el calendario escolar. En una época, Fracrán producía tabaco, pero los residentes fueron abandonando paulatinamente este cultivo, debido a su preocupación por los pesticidas necesarios y los problemas de salud relacionados que afectaban a los niños de las comunidades cercanas. La costura sigue siendo una fuente de ingresos para las mujeres de Fracrán y usan aún las máquinas de coser del proyecto. El bien equipado taller de carpintería aún se utiliza, aunque en forma reducida. Un maestro carpintero trabaja con sus alumnos, que son sus asistentes, para producir ebanistería de encargo para clientes de la zona.

Como en Perutí, hay una fuerte percepción de que las comunidades han ganado. El vínculo directo al pasado es la diminuta pero dinámica figura de Ángela Martínez, hija de Pa'i Antonio, quien recuerda los años nómadas. "Vivíamos sin seguridad antes de tener la tierra", afirma. "Sufríamos, caminando kilómetro tras kilómetro, cargando todo sobre nuestras espaldas. De tal sufrimiento y de nuestro temor a los blancos surgió la idea de pedir tierra. Ahora, con nuestra propia tierra, ya no tememos a los blancos". Las mejoras en materia de salud también han perdurado, con las pequeñas enfermerías que aún se mantienen en las comunidades. "Son sanas y fuertes —dice María Rojas— en comparación con otras comunidades que nunca recibieron este tipo de asistencia y donde la tuberculosis sigue siendo una amenaza".

Las escuelas bilingües son otro logro del proyecto que ha perdurado. María Rojas recuerda que los jefes guaraníes "querían las escuelas para que sus hijos no pudiesen ser explotados por las personas para quienes trabajaban. Eso se logró. Ahora son propietarios de las parcelas y de sus hogares, y si trabajan para alguien, saben defenderse". Tanto en Perutí como en Fracrán, las escuelas primarias son el núcleo de la vida de la aldea, llenas de actividad y muy valoradas. Las reuniones de las aldeas se celebran en los predios de las escuelas. En Fracrán hay 128 alumnos, que se inscriben a los 4 años de edad tras un programa preescolar y pueden continuar hasta finalizar el noveno grado. Los niños comienzan la escuela hablando solo el dialecto mbyá de los guaraníes; para el séptimo grado están leyendo y escribiendo tanto en guaraní como en castellano. La escuela de Perutí tiene cinco computadoras, lo cual confiere a los alumnos cierto estatus frente a los niños de los pueblos cercanos. Todos los maestros, que ahora son remunerados por el Ministerio Provincial de Educación, muestran el mismo entusiasmo por sus alumnos. "Son inteligentes y serios", sentencia uno. "Aprenden rápido, les gusta la escuela. Es un placer enseñarles". En un aula, me costó seguir el ritmo mental de un alumno de quinto grado que lanzaba respuestas a problemas de matemáticas como si fueran pelotas de tenis.

Perutí y Fracrán hicieron factible la idea de la enseñanza bilingüe en Misiones. Cuando Marisa Micolis dejó la dirección del proyecto, fue nombrada ministra provincial de educación. Durante los cuatro años que ocupó el cargo, celebró asambleas en las que participaron muchas de las 52 comunidades guaraníes de Misiones y pudo promover más de una docena de escuelas bilingües. Numerosos maestros fueron contratados en el vecino Paraguay, donde se habla guaraní comúnmente.

En Perutí y Fracrán, algunos de los primeros graduados enseñan ahora en las escuelas donde fueron alumnos.

Transcurrieron casi 15 años desde que el proyecto apoyado por la iglesia se diera por terminado dejando a los guaraníes en estado de confusión. Al retirarse el equipo del proyecto, un nuevo sacerdote vino a Perutí. Puso fin a la política del obispo Kemerer de respetar las tradiciones religiosas guaraníes y comenzó a tratar de ganar prosélitos. Los guaraníes se resentieron. El sacerdote partió abruptamente después de unos dos años y, argumentando que pertenecía al proyecto de la Iglesia, se llevó el tractor de la comunidad. Las ambiciosas actividades económicas —financiadas por la IAF y otros donantes— ya habían decaído. Los europeos que habían suministrado los talleres de carpintería nunca regresaron. La IAF no se dio cuenta de que la cría y comercialización de animales que apoyaba no llegarían a ser sostenibles en un contexto que recalca el asistencialismo por encima del empoderamiento.

Desde entonces, Perutí y Fracrán parecen haber vivido en una especie de letargo. Las escuelas siguieron funcionando, encargándose el Ministerio Provincial de Educación de pagar a los maestros. Las monjas siguieron trabajando en las enfermerías. Pero no había programas del gobierno para ayudar a mantener las actividades agrícolas iniciadas durante el proyecto. Los ingresos derivaron del trabajo que los hombres adultos y sus hijos varones podían encontrar, principalmente en las plantaciones cercanas de yerba mate donde ganan un sueldo mínimo cosechando las hojas para el té preferido en toda la cuenca de los ríos Paraná y Uruguay.

Recientemente, ha surgido en las dos comunidades una nueva generación de líderes, la primera formada en las escuelas bilingües. Todos dominan ambos idiomas, aunque es evidente su preferencia por el guaraní al igual que su insistencia en preservar la cultura guaraní. Al cacique de Fracrán, Juancito Martínez, que enseña guaraní en la escuela, le gusta guiar a la gente joven en celebraciones de canciones y danzas guaraníes en el centro espiritual de la comunidad. Ricardo González, cacique de Perutí, planeaba días de trabajo comunitario para construir un centro similar en su aldea. Villalba está estudiando las medidas legales necesarias para cambiar su nombre, Javier, por el nombre guaraní que recibió del shamán de Perutí tras su primer año de vida —una tradición según la cual el nombre se basa en el carácter del niño y expresa esperanzas para su futuro. Javier es el tercero en importancia entre los jefes de Perutí y, como secretario de la Asociación de Comunidades Guaraníes, pone hincapié en los tres requisitos para la afiliación:



etnia guaraní, participación en las actividades de la comunidad y un interés en defender la cultura guaraní. Todos concuerdan totalmente con Ángela Martínez, matriarca de Fracrán: “Si nos respetamos entre nosotros, los blancos también nos respetarán”.

La Asociación tiene además objetivos económicos. Defiende los derechos sobre la tierra de las comunidades e intenta ser el puente entre las comunidades y el gobierno en lo que hace a los programas agrícolas. Apoya a los alumnos que parten para terminar el bachillerato, y busca mercados para artesanías. Pero Villalba y los caciques opinan que los nuevos esfuerzos de desarrollo económico deben originarse en las comunidades individuales. “Hay tantas ideas diferentes en las comunidades”, sostiene Villalba. “Sería demasiado difícil llegar a un acuerdo respecto a un proyecto dentro de la Asociación”.

Para Juancito Martínez, de Fracrán, el objetivo es encontrar más fuentes de trabajo en la comunidad para la siguiente generación. “Tenemos que pensar en su futuro. El mundo está cambiando ahora. Todo está computarizado. Hay gente joven que no quiere dejar la comunidad para continuar sus estudios, pero debemos tener alguna manera de enseñarles un oficio, algo que les permita trabajar y ganarse el sustento. Tenemos escuelas agrícolas, podemos cultivar yerba mate para vender. Podríamos hacer más con el taller de carpintería, ampliar el taller de costura”.

En Perutí, Villalba toma algunas de sus ideas del ejemplo de su abuela, una mujer increíblemente pequeña con el rostro lleno de arrugas, que desbrozó por su cuenta más de tres hectáreas detrás de su casa donde cultiva frutas en abundancia. Ella refuerza la opinión de Villalba de que las comunidades nunca más deben iniciar un proyecto que no puedan dirigir ellas mismas, y que la autosuficiencia agrícola es el objetivo fundamental.

Mi última conversación en Perutí fue con el cacique Ricardo González. Se emocionó al describir cómo él y Javier hablaban a menudo de sus sueños para el futuro. Mencionó las discusiones en las que participó toda la comunidad en los días precedentes. “Fue doloroso volver a hablar de esa experiencia”, me dijo. “Recordar lo que la comunidad tuvo en una época y lo que se ha perdido. Pero aprendí de la experiencia que tenemos que trabajar unidos, que el trabajo tiene valor, que solo se aprende trabajando. Nuestra generación siente que tenemos que comenzar a edificar otra vez y que esta vez tenemos que hacerlo nosotros mismos”.

Patrick Breslin es vicepresidente de relaciones externas de la IAF.

LAS MUJERES Y EL MICROCRÉDITO

en una comunidad ecuatoriana

Por Marnie Schilken y María Eugenia Lima

Fotos de Dana Hill



Katy Cornejo en su negocio de computadoras.

Huaquillas, ciudad fronteriza en el sur de Ecuador, no es un destino turístico popular. Derek Davies y Dominic Hamilton la describen en su guía *Traveler's Ecuador Companion* como “un lugar deprimente y deteriorado de mala reputación por su contrabando y sus rateros”. *The Rough*

Guide to Ecuador advierte que “Huaquillas es un caótico pueblo fronterizo con edificaciones mal construidas e infectado de mosquitos donde el viajero trata de estar el menor tiempo posible”. Huaquillas, con 27.000 habitantes, se encuentra en el lado ecuatoriano del Puente Internacional que conecta con Perú. Los cambistas, con sus maletines repletos de dólares estadounidenses y nuevos soles peruanos, operan cerca del puente desde sus sillas plegables de plástico cambiando dinero a los mochileros y a otros que viajan en dirección sur. Los taxistas cobran tarifas exorbitantes por el trayecto de una milla que dista entre el puesto de control de migraciones y la frontera.

Los desastres que asolaron Ecuador en la década de 1990 golpearon a Huaquillas y comunidades aledañas. Los conflictos armados entre Ecuador y Perú, el más reciente en 1995 por la posesión de un territorio con supuestos depósitos de oro, uranio y petróleo, causaron la muerte de civiles y el éxodo de refugiados. Luego, en 1998 y 1999, las lluvias torrenciales de El Niño inundaron los canales, y las fuertes corrientes de agua arrasaron a su paso cientos de casas y obligaron a sus residentes a salir huyendo a lugares más seguros con sólo aquello que podían cargar. Por último, en 2000, tras la caída del precio del petróleo en todo el mundo y el aumento de la deuda externa de Ecuador a casi el 50 por ciento de su presupuesto nacional, el sistema bancario del país se desplomó. El número de ecuatorianos que sobrevivían en condiciones de pobreza se disparó de 3,9 millones o 34 por ciento de la población, a 9,1 millones o 71 por ciento. La mayor parte del comercio de Huaquillas dependía de los clientes de Perú porque los productos ecuatorianos costaban menos que los peruanos. Sin embargo, con el colapso de la banca perdieron su ventaja competitiva



Lorjia Luz Morocho Coello abrió una pastelería y tienda de alimentos internacionales con un crédito de FUNDAMYF.

y hasta los ecuatorianos debieron cruzar el puente para comprar mercaderías a precios más accesibles. Muchos hombres abandonaron Huaquillas en busca de trabajo dejando atrás un número desproporcionado de mujeres como único sostén de sus familias.

No obstante estas penurias, los residentes que permanecieron en Huaquillas han demostrado su firme compromiso con la comunidad que los alberga. Ellos, como América Rueda, quien luchó durante tiempos difíciles, no sólo deseaban quedarse en Huaquillas, sino hacer que fuera un sitio mejor para vivir. “Durante la guerra más reciente con Perú, la gente huyó de la zona”, explica Rueda. “Tuvimos que elegir entre abandonar nuestras casas y las posesiones que nos había tomado una vida acumular, o quedarnos. Optamos por no irnos. Teníamos miedo. No sabíamos si podríamos sobrevivir. Esta tensión, esta lucha nos unió para siempre, así que ahora estamos aquí juntos luchando para mejorar nuestras vidas y la de nuestras familias”.

Con el tiempo, Rueda y otras mujeres formaron el Frente Democrático de Mujeres (FDM), un grupo dedicado a la acción comunitaria que aplica soluciones prácticas a los problemas más apremiantes de Huaquillas. El FDM recurrió a la Fundación Mujer y Familia Andina (FUNDAMYF) en busca de ayuda para formular una estrategia que mejorara sus condiciones de vida. FUNDAMYF, un grupo de apoyo a nivel de base con 10 años de experiencia en proyectos de éxito, es conocida por propiciar el diálogo sobre los derechos de la mujer y por promover reformas jurídicas. Sus miembros son economistas, sociólogos, antropólogos, ingenieros, educadores y abogados que proporcionan sus servicios libre de costo a las entidades del gobierno local y a los grupos vecinales que atienden las necesidades de los pobres. La alianza FDM-FUNDAMYF



Con un préstamo, Rossy Quintana amplió su salón de belleza.

ha realizado seminarios, talleres y foros para integrantes de FDM. Posteriormente, FUNDAMYF ayudó a FDM a evaluar las necesidades de los vecindarios, a diseñar un proyecto y a buscar fondos.

El plan fue presentado a la IAF y obtuvo una donación a FUNDAMYF en mayo de 2000. El proyecto que FUNDAMYF realizaría con fondos de la IAF fue conocido como “Construyendo una municipalidad vinculada al desarrollo de base”. Las actividades apuntaban a 300 familias de Huaquillas para proporcionarles servicios y capacitación. Los participantes aprendieron sobre liderazgo, capacidad de gestión, administración de empresas, y utilización y administración de fondos de crédito. Por medio de estudios de diagnóstico determinaron las características y necesidades de sus vecindarios. Luego, en reuniones públicas, decidieron la forma de responder a esas necesidades y presentaron propuestas de solución al



Mireya Ordóñez adquirió con su préstamo un puesto en el mercado.



La costurera Teresa Fernández es conocida por la calidad de las prendas de vestir que confecciona en el taller que abrió con asistencia de FUNDAMYF.

gobierno municipal.

La donación concedida por la IAF a FUNDAMYF proporcionó capital semiente que FDM requería para su proyecto principal: un fondo de ahorro y crédito como alternativa a los bancos convencionales. Al asociarse a FDM, una mujer puede acceder a capital inicial para empezar una microempresa particular o colectiva. La socia solicitante presenta su idea y demuestra su viabilidad partiendo de un estudio cabal del mercado que identifica potenciales fortalezas y debilidades, oportunidades y obstáculos. Una vez satisfechos los requisitos para el préstamo inicial de un monto de US\$100, la mujer firma un convenio formal que especifica las condiciones que es a su vez refrendado por otras dos socias. Un empleado de FUNDAMYF trabaja en consulta con la prestataria para fijar el calendario de pagos. Los reembolsos a plazos semanales, quincenales o mensuales pueden efectuarse en la oficina o en el banco donde reside la cuenta de FUNDAMYF. Las prestatarias que invierten con éxito y cancelan el préstamo inicial pueden solicitar otro de hasta US\$800. El total de crédito promedia US\$350 por solicitante. Según FUNDAMYF, la elevada tasa de devolución del 96 por ciento se debe a que la fiscalización del sistema está a cargo de cada una de las socias prestatarias, un incentivo poderoso para satisfacer las obligaciones a tiempo.

Katy Cornejo, socia fundadora de FDM, es un buen ejemplo del espíritu empresarial que ha fomentado el sistema crediticio. Ella quería iniciar un negocio que respondiera a necesidades especializadas aun no

cubiertas en el mercado, en lugar de duplicar actividades ya existentes. Luego de evaluar las necesidades y el mercado de su comunidad, decidió vender piezas y equipos nuevos y usados de computadoras. “Con mi primer préstamo compré tres computadoras y algunos accesorios”, explica ella, “y luego invité a la gente a que viera lo que tenía disponible. Me sorprendió la respuesta de los clientes de Perú y también de Huaquillas, entre ellos instituciones que necesitaban equipo y piezas para sus programas de contabilidad. Parecía que tan pronto vendía una computadora tenía que reemplazarla para mantener una buena rotación del inventario”.

Katy se dio cuenta que podía expandir su negocio para incluir reparaciones y ensamblaje, pero para emprender esta nueva iniciativa necesitaría más apoyo. De modo que invitó a su esposo a colaborar con ella y, dada la evidente viabilidad del negocio, él dejó de lado su escepticismo inicial y se sumó a la iniciativa. “Mi esposo y yo asistimos a algunos cursos básicos, pero mayormente aprendimos por nuestra propia cuenta desde lo más elemental de ensamblaje y reparación de computadoras”, nos explica ella. “Ya con eso comenzamos a generar más ingresos”. Katy diversificó aún más su negocio estableciendo un servicio consultor para quienes compraban por primera vez, ayudándolos a identificar sus necesidades y orientándolos en la compra de equipos más accesibles. Por último, ella y su marido comenzaron a ofrecer talleres sobre mantenimiento de computadoras, protección contra virus y otros aspectos técnicos para propietarios de computadoras.

Una vez pagado el préstamo inicial, Katy recurrió nuevamente a FDM. “Este segundo préstamo le demostró verdaderamente a mi esposo que mi contribución al negocio era vital”, afirma ella. “Empezó a darse cuenta que él y yo teníamos que ser socios en condiciones de igualdad para que el negocio progresara. Comenzó a tratarme con más respeto, lo que acrecentó mi autoconfianza. Como yo veía que a nuestra familia ingresaba dinero que yo había ayudado a ganar, empecé a darme cuenta de mi valía como contribuyente al sustento mío y de mi familia. Toda mujer debería asumir el reto de establecer su propio negocio para una mejor vida en la casa y en la sociedad”. Katy considera importante transmitir los conocimientos adquiridos a otras mujeres y a sus hijos.

Hasta un escaso margen de ganancia de uno a cuatro dólares diarios puede lograr que la beneficiaria de un préstamo de FDM pueda proveer para su familia. Además, estas mujeres tienen ahora una apreciación de sus derechos y una expectativa de respeto. Por medio de un convenio con el banco local, las prestatarias pueden efectuar pagos directos a la cuenta de FDM. Ello hace

posible la experiencia de “conectarse” con el sistema financiero, una conveniencia que los empresarios del sector formal dan por sentado y un aspecto del intercambio económico que infunde confianza.

Gracias a la donación de la IAF a FUNDAMYF, FDM ya no requiere asistencia de un donante. Los pagos de intereses de sus más de 900 socias financian el fondo de préstamo y cubren los sueldos de dos empleados. El personal y las socias de FUNDAMYF atribuyen estos resultados a varios factores:

- la capacidad de las socias de sacar provecho de su experiencia en la administración de empresas informales;
- el interés de las jefas de familias en proporcionar el sustento de sus hijos;
- la comprensión por parte de las socias de que el cambio sólo es posible si ellas lo propician;
- la conciencia de que cada asociada puede ser un eslabón en una estrecha red de apoyo y de que en la unidad está la fuerza;
- la inclusión de la familia de cada asociada en su plan empresarial para asegurar el mayor apoyo posible;
- la capacitación permanente en materia de desarrollo, administración y evaluación de proyectos, sistemas básicos de contabilidad, y fondos crediticios y bancos comunitarios.

Este proyecto es a todas luces un éxito. Debido a la iniciativa y al trabajo arduo de cada mujer, hay nuevas y diversas empresas que florecen en Huaquillas: servicio de fotocopias, un gimnasio de ejercicios aeróbicos, restaurantes, mercados, salones de belleza, talleres de confección especializados en ropa bautismal y en banderas, y comercios minoristas de venta de electrodomésticos, productos de belleza, botiquines de primeros auxilios, gasolina y alimentos preparados. También hay confiteras, ladrilleras, una soldadora que se especializa en rejas de seguridad para las casas y una fotógrafa profesional. FUNDAMYF ha traído oportunidades a Huaquillas. Aun más impresionante ha sido el cambio de actitud que se ha observado. Hay un reconocimiento a la capacidad y dedicación de las socias de FDM. Ofrecen charlas en actividades públicas y los candidatos políticos valoran su apoyo. Han demostrado al alcalde y a los concejales, a quienes asesoran, la importancia de escuchar a sus electores cuando los planes de desarrollo están en etapa de diseño —y que los logros de corto plazo pueden ser el indicio del comienzo de un cambio de largo plazo.

María Eugenia Lima es presidenta de FDM. Marnie Schilken es representante de la IAF para Ecuador.

ACEPTAR EL DESAFÍO del VIH-SIDA

por Oscar Ruiz

Isla Margarita, en las Antillas Menores, está ubicada aproximadamente a 14 millas al noreste de Venezuela continental. Junto con las islas de Cubagua y Coche, pertenece al estado de Nueva Esparta, donde viven unas 300.000 personas. Un clima tropical y hermosas playas hacen de Margarita un popular destino turístico; pero no fue eso lo que despertó mi interés.

Durante mis dos años en la Fundación Interamericana traté de aprender acerca del papel de las personas discapacitadas en el desarrollo actual y el apoyo de la IAF a la autoayuda que involucra a tales individuos. Yo trabajaba específicamente con la cartera de Venezuela y descubrí que en realidad yo tenía a mano un ejemplo de lo que estaba buscando: la IAF había apoyado financieramente al Centro de Formación Popular Renaciendo Juntos CEPOREJUN), cuyo proyecto en Isla Margarita sirve a personas con VIH/SIDA, un grupo generalmente clasificado como discapacitado. Su concentración en la capacitación laboral y la integración en la fuerza de trabajo distingue a CEPOREJUN de la mayoría de las organizaciones que tienen que ver con personas con VIH/SIDA, las cuales habitualmente encaran temas de salud.

Cuando supe que iba a ir a Venezuela, concerté una entrevista con Gerarda Fraga, la fundadora y coordinadora general de CEPOREJUN. Criminóloga por su título de la Universidad Complutense de Madrid y trabajadora social por vocación, hasta fundar CEPOREJUN había dedicado su vida profesional a ayudar a mujeres y niños en vecindarios pobres de Caracas. En 1998, bajo su guía, CEPOREJUN solicitó con éxito una donación de la IAF para asistencia técnica, capacitación, crédito y otras tareas de apoyo para fortalecer familias, microempresas y organizaciones en el estado de Falcón, en el noroeste de Venezuela. En 2001, una segunda solicitud resultó en el otorgamiento de US\$258.238 para

capacitación laboral y apoyo empresarial a residentes de bajos recursos de Nueva Esparta que viven con VIH/SIDA.

¿Cuál es la actitud hacia el VIH en Isla Margarita?

Aun existe mucho prejuicio y temor hacia la gente con VIH en todos los sectores socio-económicos de la sociedad. Los margariteños que no saben acerca de la enfermedad comienzan a hablar y luego los rumores se difunden como reguero de pólvora, lo cual afecta a las empresas locales y, mucho más aún, a la gente con VIH. Debido al temor al VIH, quienes pensaban comprar pescado, no lo hacen; los turistas que planeaban visitar la isla, no vienen. Este temor se funda en la ignorancia.

¿Cuán generalizado está el SIDA en Venezuela?

Actualmente, el problema que se enfrenta al tratar de saber el número aproximado de personas con SIDA es que el gobierno no está recopilando datos. La información proporcionada por el Hospital Luis Ortega, hace dos años, indica que aquí, en Isla Margarita, por lo menos 600 personas sufren de SIDA. Nosotros calculamos que esa cifra debe ser multiplicada por nueve.

¿Cómo comenzó CEPOREJUN?

CEPOREJUN fue constituido legalmente en 1993 y comenzamos a trabajar en proyectos de microempresa con gente joven. Decidimos ir a Falcón porque nada se estaba haciendo allí para desarrollar la microempresa. Comenzamos como tres individuos que trabajaban y dormían en una habitación que alguien nos prestaba. La gente con quien trabajábamos vendía productos artesanales, *raspados* (cucuruchos cargados

Figuras de cerámica de un artista de CEPOREJUN.



con hielo molido y jugo de fruta), palomitas de maíz y jabón. Posteriormente, recibimos una donación del gobierno de Venezuela, luego de la IAF, y CEPOREJUN comenzó a crecer.

¿Cómo llegó CEPOREJUN a trabajar con gente con VIH/SIDA?

La idea de trabajar con gente con VIH comenzó cuando regresé de España en 1987. Yo tenía una persona amiga que conocía a alguien con VIH llamado Frank García. Cuando lo conocí me dijo algo que jamás olvidaré: “Gerarda, lo que nos mata no es el SIDA, sino la discriminación y el rechazo”. Frank no podía conseguir trabajo a raíz de su enfermedad y era tan pobre que no podía comprar medicinas. Así que decidimos desarrollar una granja operada por gente con VIH positivo, en colaboración con otras organizaciones. Frank, así como otros artesanos que eran VIH positivo, no querían participar al principio, pero terminaron ayudando. El proyecto fracasó porque la mentalidad en ese momento era que esa gente iba a morir y, desgraciadamente, eso era lo que normalmente sucedía. Cuando el proyecto fracasó, cada grupo se fue por su lado.

Después Frank murió y yo quería hacer algo para ayudar a la gente como él, no porque el VIH/SIDA estuviera de moda, sino porque realmente necesitaban ayuda. Nuestra investigación mostró que de los 23 estados de Venezuela, Nueva Esparta era el segundo en porcentaje de personas con VIH/SIDA y las mujeres casadas eran especialmente afectadas. También descubrimos que sólo había 10 organizaciones trabajando en este tema en toda Venezuela, y sólo dos o tres eran sólidas.

Un recurso importante para nosotros fue Osvalda Pérez, coordinadora de enfermedades sexualmente transmitidas del Hospital Luis Ortega, en Isla Margarita. Ella me dijo que la mayor necesidad de la gente con VIH era dinero, que la razón por la que morían era que no tenían recursos para alimentarse. Yo hablé con nuestra junta directiva y decidimos arriesgarnos a trabajar con la gente con VIH. Después que trasladamos nuestra oficina de Falcón a Margarita, comenzamos a contactar gente para pedir ayuda financiera. Cuando Audra [Jones, representante de la IAF para Venezuela] nos visitó en 2001, yo le entregué una propuesta. En junio volvió y me dijo que estaba interesada. Nos sorprendimos mucho y nos alegramos de recibir la noticia. Con la aprobación de los fondos, en septiembre, el proyecto para la gente con VIH empezó a despegar.

¿Cómo se sentía trabajando con este grupo?

Bueno, las cosas comenzaron despacio. Planeábamos reuniones y solo una persona aparecía —o ninguna. Aún así, teníamos confianza en el concepto, aunque no estábamos seguros de nuestra estrategia. Sabíamos cómo trabajar con pescadores, niños y mujeres, pero no con gente con VIH. No nos dimos cuenta de la extensión del temor y la ignorancia y de sus propias preocupaciones. Finalmente, en lugar de hacerlo el coordinador del hospital, otra gente con VIH pasaría toda la mañana en el hospital hablando con pacientes con VIH acerca de su experiencia. Después de eso hubo un aumento en la asistencia a los talleres.

¿Qué ofrece CEPOREJUN

Damos clases de cerámica, tapiz, construcción, tejido y computación. Nuestros beneficiarios deciden el área. También ofrecemos asesoramiento laboral y ayudamos a mejorar la redacción de currículum vitae. Un importante aspecto del proyecto ha sido convencer a las empresas para que empleen a personas con VIH. Ha sido difícil, muy difícil. Tenemos que decirle a nuestro interlocutor que la persona a quien va a emplear dio positivo a un análisis de VIH; si uno no lo hace y el empleador descubre la verdad, el empleado será despedido. Organizamos reuniones donde los miembros se ayudan unos a otros en el aspecto emocional. El proyecto con los artesanos que son VIH positivo se ha expandido hasta el punto en que ahora tenemos artesanos que no tienen el virus, colaborando en nuestra organización. Estamos enseñando aptitudes específicas para ayudarles a vender su trabajo en la calle y en el taller. La mayoría se especializa en arcilla; un grupo pequeño se especializa en vidrio, madera y otros materiales. También asistimos con crédito, con una cifra aproximada de seis millones de bolívares (unos US\$3.133) hasta ahora.

¿Por qué es tan difícil hacer que la gente con VIH participe en los talleres?

Pienso que es difícil en todo el mundo, excepto tal vez en África, donde es más “normal” ser VIH positivo, y el rechazo es menor que en América Latina. En Venezuela, el temor al rechazo de la familia y los amigos hace que la gente tenga miedo de decir que es VIH positivo y tenga miedo de participar. Cuando publicitamos nuestra escuela, la respuesta fue buena, pero la gente con VIH nos pedía no hacerlo de nuevo porque la publicidad hacía que la gente no infectada asociara al SIDA con la gente que iba al taller. La persona que tiene el virus se siente vulnerable.

¿Tiene la gente con VIH apoyo de su familia?

La mayoría de la gente con VIH tiene a un miembro de la familia que conoce la situación. Hemos tenido familiares que han participado en nuestros programas, ayudándonos en las cooperativas. En tanto que otros simplemente rechazan a la persona con VIH, estos familiares pueden convertirse en sobreprotectores.

¿Puede describir su programa?

En artesanía en arcilla creamos una cooperativa que apoya nueve talleres. También hemos apoyado la consolidación de talleres en vidrio y pintura en madera. En estos talleres, los artesanos aprenden cómo diseñar y crear productos, aprenden técnicas pictóricas y cómo usar el horno. Para completar el puntaje necesario para aprobar el curso, ellos deben trabajar por lo menos 40 horas. Yo diría que una persona precisa aproximadamente tres meses para completar el programa, pero eso varía. Un sábado podemos tener 25 personas en el taller, y la semana siguiente sólo dos. La persona con VIH que realmente quiere algo lo hace más rápido y termina más pronto. Otros vienen esporádicamente porque no se sienten bien. La mayoría termina sus cursos y aprueba.

¿Qué han logrado para la gente que es VIH positivo?

Hay varios empresarios que de otra manera no hubieran tenido la oportunidad de tener éxito. También tenemos familias de personas con VIH que han desarrollado sólidas microempresas. Tenemos más fuentes de crédito, incluyendo un organismo gubernamental, lo que aquí, en Venezuela, no es fácil de conseguir. Hemos formado grupos de apoyo. También estamos orgullosos de la cooperativa creada con gente que tiene VIH. En tan poco tiempo, CEPOREJUN se ha convertido en un referente para ellos y para las organizaciones que quieren trabajar con gente que tiene VIH/SIDA. La prensa ya nos menciona en dos artículos acerca de alternativas para gente con VIH. Yo creo que eso es bueno.

Tuvimos una experiencia negativa cuando empezamos. Alguien de una asociación vecinal nos denunció al Ministerio de Salud por trabajar con homosexuales y prostitutas, pero la denuncia no fue tomada seriamente debido a que el Ministerio de Salud ha colaborado con nosotros y nos conoce bien. Es muy difícil no encariñarse con la gente con la que trabajamos y sabemos que algunos van a morir, y que sufriremos cuando ello ocurra.



Artista de CEPOREJUN.

¿Existen otras organizaciones en Venezuela que trabajan con gente con VIH en inserción laboral?

Nosotros somos la única organización que trabaja en inserción laboral, que yo sepa. Representantes de aproximadamente 18 organizaciones nos han visitado para conocer nuestra experiencia, pero ellos se concentran en prevención, medicina, la biblioteca virtual sobre VIH/SIDA y salud, en el sentido de que tienen una clínica cuyos servicios incluyen un laboratorio. Nosotros confiamos que, en el futuro, otros continúen lo que nosotros estamos haciendo.

¿Cuál es su visión para CEPOREJUN?

Si bien en teoría la Constitución protege a todos los venezolanos por igual, mi principal objetivo sería presionar al Ministerio de Trabajo para que redacte un proyecto de ley que diga que la gente con VIH tiene el mismo derecho al trabajo que todos los demás. También queremos multiplicar el número de organizaciones que trabajan con gente con VIH pero primero tenemos que fortalecer la estructura de las organizaciones existentes. Para mejorar los servicios, queremos un sistema que coordine a las diferentes organizaciones, y yo creo que eso se puede lograr. También nos gustaría divulgar nuestra experiencia internacionalmente, en especial en otros países latinoamericanos, y convencer de las bondades de esta idea a organizaciones que luego, a su vez, lo hagan con otros como nosotros lo hicimos.

Oscar Ruiz trabajó en la IAF como asistente de programa y ahora estudia derecho.

SERVICIOS DE AGUA

para las comunidades de Copán

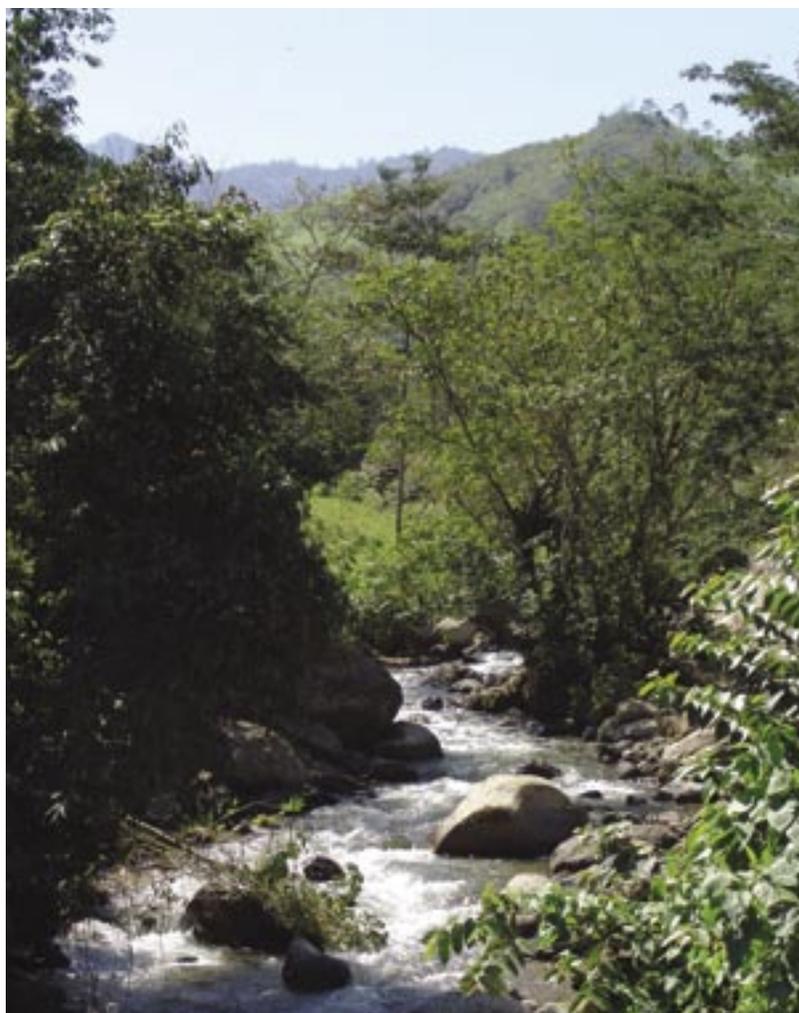
Por Fabiola Palma y Sean Sprague

Fotos de Sean Sprague

Por medio de su proyecto más reciente, conocido como Comunidades Organizadas por Municipio para el Agua Limpia (COMAL), el donatario hondureño Agua Para el Pueblo (APP) coordina las iniciativas para administrar los recursos naturales, con énfasis particular en el agua para consumo humano, saneamiento rural y las microcuencas en 25 comunidades mayas chortí en la cuenca del río Copán.

Todas las comunidades sufren de hacinamiento, degradación ambiental, una alta incidencia de enfermedades infecciosas, particularmente entre niños menores de cinco años, elevadas tasas de mortalidad materna, instalaciones escolares insuficientes y falta de oportunidades de empleo, entre otros problemas. El acceso a agua limpia es básico para la solución de todos ellos. APP no sólo trabaja en infraestructura sino también en la consolidación de las relaciones entre las juntas locales de agua y otras organizaciones a nivel de base, para que se pueda llegar a un consenso sobre el uso sensato de los recursos hídricos, y el monitoreo y la mitigación de la contaminación.

APP facilita la participación de la comunidad en la evaluación de las microcuencas y de la calidad del agua, en las estrategias para la sostenibilidad, en sus planes de mejoramiento de los sistemas de agua y saneamiento, y en la administración de la infraestructura. Ello hace que los residentes estén más conscientes de cómo prevenir y corregir problemas. Debido a que las 25 comunidades han hecho una inversión financiera en la



infraestructura y los beneficiarios están donando su mano de obra, APP considera que los servicios mejorados se utilizarán más eficientemente. Para el futuro, APP proyecta un sistema de servicios de agua y saneamiento que se sostendrá con los pagos de los usuarios y que beneficiará hasta a las comunidades más marginadas.

Fabiola Palma es verificadora de datos de la IAF en Honduras. Sean Sprague es un fotógrafo profesional cuyo trabajo ha sido publicado en Desarrollo de Base desde 1989.



Agua Caliente es conocida por sus manantiales naturales de aguas termales que alimentan el cercano río y la piscina para turistas. A pesar de esta sorprendente abundancia de agua, los pobladores sufrían de un suministro inestable e inseguro hasta que APP comenzó a trabajar. Con la mano de obra suministrada por la junta local de agua se construyó un impresionante tanque de unos 60.000 litros de capacidad en una colina sobre la aldea.

Izquierda: Honduras es un país montañoso de baja densidad de población donde el agua no escasea. El río Copán fluye a lo largo del valle donde está situada Agua Caliente, una aldea de 150 casas con una población de 775 habitantes. Aunque el río está levemente contaminado por el lavado de ropa y cierta esorrentía de productos químicos, se mantiene relativamente limpio. Junto a la rica vegetación tropical, el río es parte de la belleza natural que atrae a los visitantes.



Un ingeniero de APP (con gorra) le enseña a la junta de agua de Agua Caliente aspectos del mantenimiento, incluyendo la cantidad correcta de cloro para la desinfección del agua y cómo medir semanalmente el contenido de cloro en el agua. A cada familia se le cobra una cantidad mínima por el costo de los productos químicos y el equipo. El sistema se ha diseñado para durar por lo menos 20 años.



Para los niños, el agua que sale al abrir la canilla en el hogar es todavía una novedad.

Gracias al nuevo servicio de distribución de agua en Agua Caliente, esta familia cuenta con un suministro constante de agua potable mediante un tanque de donde obtienen lo necesario para lavar, cocinar y beber.



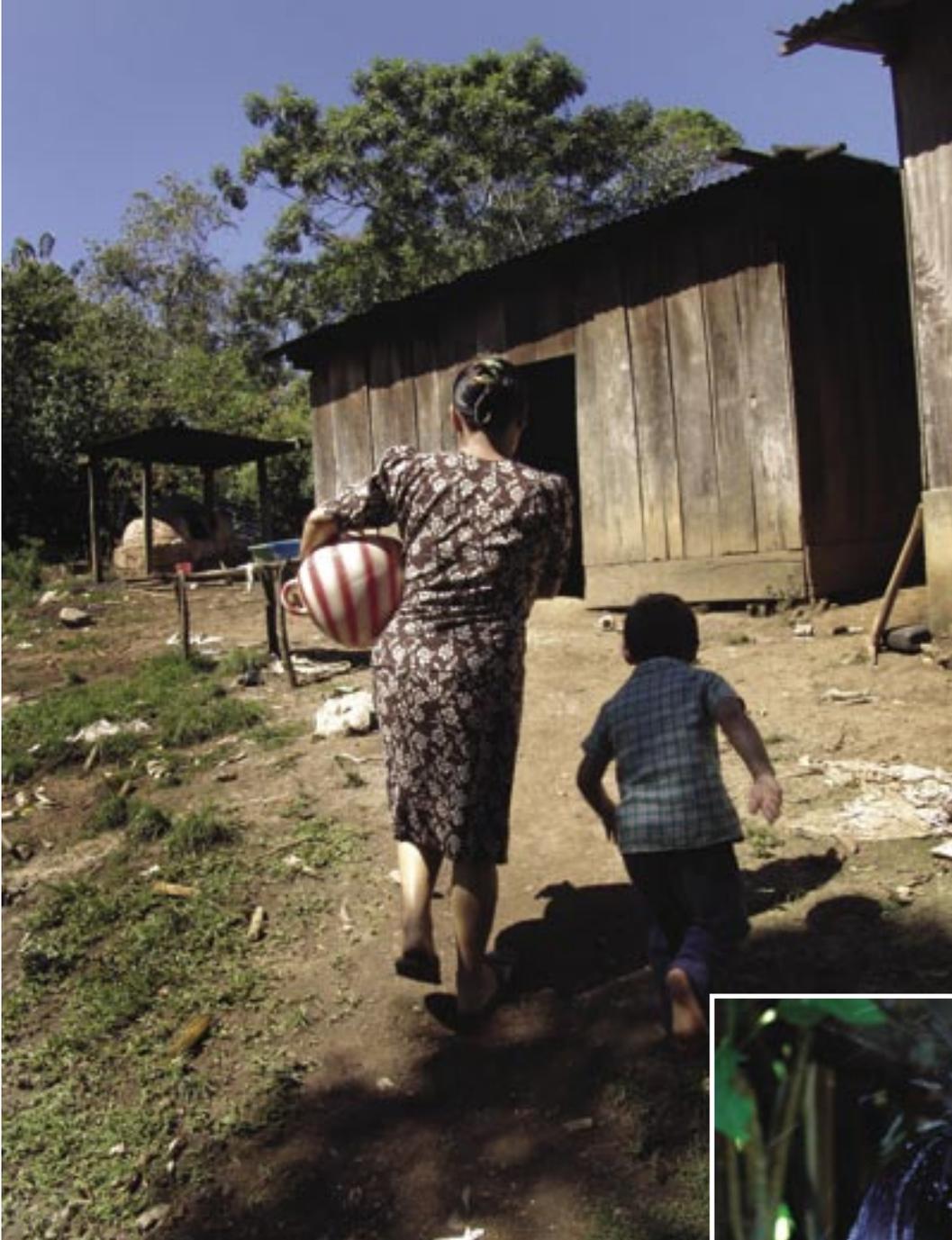
El sistema recién instalado que provee agua potable y fresca ha mejorado notablemente la salud y la expectativa de vida de los residentes de Agua Caliente, quienes antes eran propensos a enfermedades y parásitos de transmisión por agua. También los libera de la tensión que produce esperar la llegada del agua por el servicio irregular de un sistema anticuado y el trabajo fatigoso de acarrear agua por grandes distancias desde un pozo o manantial hasta sus casas.



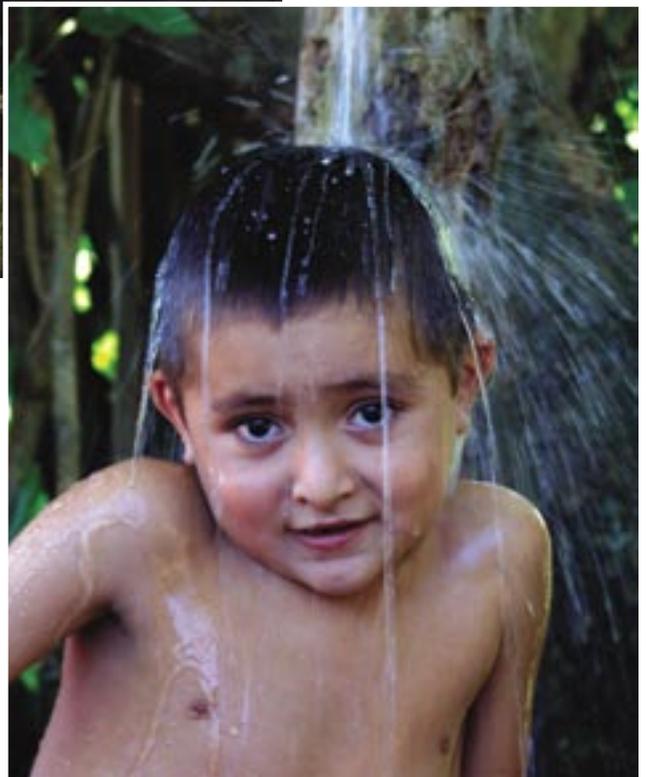
Santa Rosita cuenta ahora con un tanque similar al de Agua Caliente, a unas 20 millas de distancia, que hace posible que esta mujer reciba agua del grifo colocado a solo tres metros de su casa.



El ingeniero de APP utiliza un rotafolio para explicar a los miembros de la junta de agua de Santa Rosita la tecnología para procesar y suministrar agua potable. También proporciona información sobre nutrición, prácticas preventivas de salud, construcción de letrinas y otros temas. Los miembros de la junta de agua, todos ellos campesinos sin tierra, trabajan en una hacienda cercana. El hacendado nunca les había proporcionado agua potable y se mostró contento de que APP se ofreciera a construir el sistema para la comunidad.



Una mujer y su hijo se acercan a su hogar en Los Arcos luego de un dificultoso trayecto cuesta arriba acarreado agua potable para la familia desde el manantial del valle, caminata que deben hacer varias veces al día. APP negocia con Los Arcos para instalar un nuevo sistema de agua potable similar al de Agua Caliente y Santa Rosita. Los campesinos de Los Arcos viven en una extensa hacienda y trabajan por uno o dos dólares al día.



Antonio disfruta de un baño, gracias al nuevo servicio de Agua Caliente.

Alianzas para potenciar las bases

Un mercado móvil para vendedores ambulantes de El Salvador, un programa de pagos por servicios ambientales en Ecuador y una cooperativa de recicladores en Brasil parecerían tener muy poco en común. Pero cada uno de estos proyectos impulsó el establecimiento de una relación de colaboración entre los donatarios de la IAF que lo iniciaron —la Fundación Redes, la Corporación para el Desarrollo de los Recursos Naturales Renovables (CEDERENA) y la Associação dos Catadores de Papel, Papelão e Material Reaproveitável (ASMARE), respectivamente— y el gobierno local.

Representantes de las tres ONG viajaron a la ciudad de Washington para intercambiar experiencias y establecer contactos con 450 profesionales del desarrollo y funcionarios públicos en la primera Conferencia Internacional sobre Desarrollo Local celebrada entre el 16 y 18 de junio de 2004 y copatrocinada por la IAF, el Banco Mundial, el banco alemán de desarrollo KfW y el Ministerio Alemán de Cooperación y Desarrollo Económico. La sesión titulada “Poder, alianzas y toma de decisiones en la comunidad: el papel de las ONG y las organizaciones de base como agentes de desarrollo local” pone de relieve los esfuerzos de los donatarios de la IAF por mejorar la gobernanza y los servicios en sus comunidades.

Juan Martínez, director ejecutivo de la Fundación Redes, describió la manera en que la alianza de su organización con el municipio y el sector privado resolvió el problema del tráfico en el distrito histórico de Mejicanos de San Salvador, al cambiar la ubicación de las paradas de autobús y ofrecer a los vendedores ambulantes otros puntos de venta, tales como un mercado móvil. La Fundación Redes ya había administrado un programa microempresarial en los departamentos de Chalatenango, Cabañas y Cuscatlán, así que se encontraba en buena posición para dirigir el esfuerzo hacia un “mercado sobre ruedas”, que los fondos recibidos de la IAF ayudaron a consolidar. Ahora, alrededor de 100 vendedores ambulantes rotan entre seis lugares designados en el mercado que dirigen, gracias a la capacitación ofrecida por REDES y su programa de préstamos que hizo posible que compraran kioscos y equipo.

CEDERENA, una red de agrónomos, silvicultores, economistas, ingenieros y sociólogos, empleó la donación de la IAF para crear un modelo de conservación de

cuencas hidrográficas de tecnología simple que mejoró los servicios en el municipio de Pimampiro. Según Roberto Yaguache, director ejecutivo de CEDERENA, el programa está organizado en torno a un fondo financiado con los recargos sobre el consumo urbano de agua y canalizado a pagos a los agricultores que conservan la cubierta forestal. Una ordenanza municipal formalizó el fondo, que es administrado por un comité que incluye al alcalde y el director financiero de Pimampiro, el jefe de la Comisión Ambiental municipal y un representante de CEDERENA. El éxito del programa en lo que hace a revertir la degradación ambiental ha accionado el compromiso político del municipio, el interés de los agricultores en participar y la asistencia técnica de CEDERENA. Una segunda donación de la IAF está financiando la expansión a 10 municipios adicionales.

Maria das Graças Marçal, venerada en Belo Horizonte como Doña Geralda, es la coordinadora general y ex presidenta de ASMARE; Jose Aparecido Gonçalves, coordinador del proyecto Pastoral da Rua de la Iglesia Católica, se refiere a ella como una leyenda. Juntos contaron cómo Doña Geralda y otros sin techo, luego que sus casas fueran arrasadas por topadoras una madrugada de agosto de 1988, se unieron para fundar una cooperativa de reciclaje y hacer de ella una empresa modelo. Ahora, 16 años después del brutal desalojo, ASMARE ofrece servicios de recolección de basura a Belo Horizonte. Sus 250 miembros reciben tres veces el salario mínimo además de beneficios médicos y educativos y una participación trimestral en las ganancias anuales. Doña Geralda atribuyó el éxito al activismo y la dedicación de sus miembros, y al hecho de que estaban dadas las condiciones. A comienzos de la década de 1990, la ciudad eligió a un alcalde con una actitud favorable a la labor de los recicladores y con conciencia del potencial que ellos representaban.

También estuvieron presentes, representando a donatarios de la IAF en la conferencia, Sérgio Gregório Baierle del Centro de Assessoria e Estudos Urbanos (CIDADE) de Porto Alegre, Brasil, y Gerardo Bacalini de la Federación de Asociaciones Centros Educativos para La Producción Total (FACEPT), una red de 21 escuelas en la zona rural de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Ambos presentaron ponencias adicionales para el Diálogo Interamericano, la Embajada de Ecuador y el Grupo de Trabajo de la Sociedad Civil de la Fundación Esquel. —*Gabriela Boyer, representante de la IAF*



Anthony Bebbington, izquierda, de la Universidad de Manchester, y Aldo Panfichi de la Universidad Católica del Perú.

Para más información sobre la Conferencia Internacional de Desarrollo Local, visite <http://www1.worldbank.org/sp/ld-conference/index.asp>. La labor de ASMARE se menciona en “Recicladores en marcha”, Desarrollo de Base, 2004, y en “Una ciudad y sus rebuscadores de basura: del desalojo a la confianza”, de Judith Morrison, Desarrollo de Base, 2002. Los proyectos de CEDERENA se describen en “El precio de la preservación forestal y pastizales”, de Roberto Yaguachi, Desarrollo de Base, 2003. “La IAF en Argentina”, de Paula Durbin, también en el número del 2003, incluye una sección sobre la FACEPT.

Espacios locales y acción civil

La investigación financiada por la IAF y llevada a cabo por la Fundación Nacional Superior de la Pobreza, en Santiago, fue el tema tratado el 8 y 10 de marzo en “Gobernanza local y creación de espacios locales para la acción civil”,

un seminario dividido entre la Facultad de Relaciones Públicas Lyndon Baines Johnson en Austin y el Centro Internacional Woodrow Wilson para Académicos en la ciudad de Washington. La investigación fue coordinada por Gonzalo de la Maza, sociólogo chileno, y Rodrigo Villar, antropólogo colombiano. La Fundación Interamericana, el Centro Wilson y la Universidad de Texas en Austin copatrocinaron el seminario.

Aldo Panfichi de la Universidad Católica del Perú, Cristina Filgueiras de la Universidad Católica de Minas Gerais y Anthony Bebbington de la Universidad de Manchester examinaron ejemplos específicos de nuevos espacios públicos para la participación ciudadana. Panfichi habló sobre las “mesas de concertación” en Puno, Perú, comentando que hacen posible escuchar las opiniones de más personas pero que complican las decisiones sobre políticas a seguir. Filgueiras detalló cómo los miembros de ASMARE, la cooperativa de reciclaje de basura en Belo Horizonte financiada con una donación de la IAF, que

se explica antes, participaron en un diálogo mutuamente beneficioso con la ciudad que hizo posible que se les adjudicara un importante contrato. Bebbington comunicó sus hallazgos respecto a una transferencia del poder a la mayoría indígena en Guamote, Ecuador, donde la IAF había invertido en el Comité de Desarrollo Local de Guamote.

Gabriel Murillo de la Universidad de los Andes en Bogotá, Andrew Selee del Centro Wilson, y Peter Ward y Bryan Roberts de la Universidad de Texas emitieron comentarios. Una publicación definitiva sobre la investigación, anticipada para fines de año, también incluirá estudios de casos en Chile, Colombia, Guatemala y México realizados por Carlos Ochsenius, Fabio Velásquez, John Durston y Manuel Canto, respectivamente.

Taller sobre espacios públicos

La serie de talleres “Proyecto sobre descentralización, iniciativas locales y ciudadanía”, copatrocinado por la IAF y el Centro Wilson, finalizó el 13 de mayo con un acto en la Universidad de los Andes, en Bogotá, que contó con la participación de dos ex alcaldes de la ciudad, Antanas Mockus y Enrique Peñalosa.

El grupo selecto que los escuchaba en el taller “La redefinición del espacio público en Colombia” incluyó politólogos de México y EE.UU. además de Colombia. “Me siento como un insecto rodeado de entomólogos”, comentó Mockus, quien ejerció el cargo de 1995 a 1997 y de 2000 a 2003. Peñalosa ocupó el cargo entre los dos mandatos de Mockus. A ambos se les atribuye el haber convertido a Bogotá en una ciudad mucho más segura y menos congestionada. A pesar de que ambos son candidatos a la presidencia en 2006, ninguno de ellos dudó en reconocer los logros del otro durante ponencias animadas y sorprendentemente elogiosas. Mockus, que emplea los términos “hardware” y “software” para referirse a infraestructura y comportamiento cívico, recalzó la importancia de la cultura ciudadana, o software, para mejorar la vida urbana. Peñalosa, cuyo logro más importante probablemente sea el sistema de tránsito rápido de autobuses de Bogotá, el “Transmilenio”, basado en una reconfiguración del hardware existente, puso énfasis en el papel de las obras públicas.



Enrique Peñalosa

Durante el taller, el término “espacio público” se fue definiendo claramente como las calles, las aceras, los senderos para ciclistas y los parques que conectan a los residentes urbanos. Durante la sesión vespertina, expertos de las principales ciudades provinciales de Colombia hablaron de la res-

ponsabilidad del gobierno en relación con este espacio. Alejandro Echeverri, director de proyectos estratégicos de Medellín, habló sobre los detallados planes de mejoras del alcalde Sergio Fajardo, especialmente en lo que hace al transporte. Hermann Alfonso, arquitecto, habló sobre la Corporación para el Espacio Público de Bucaramanga, la cual dirige. Fabio Velásquez, de la Universidad del Valle, contrastó el caso de Cali donde el interés en el espacio público es mínimo.

El taller de Bogotá también fue copatrocinado por la Fundación Terpel de Colombia. Eventos anteriores de la serie se celebraron entre diciembre y marzo en Argentina, Bolivia, Guatemala y Brasil.



Gabriel Murillo, de la Universidad de los Andes, quien dirigió el taller. Con Antanas Mockus

Infraestructura comunitaria: antes y después



Entre las decenas de proyectos de infraestructura de servicios emprendidos en seis provincias panameñas por el Instituto Panameño de Desarrollo Humano y Municipal (IPADEHM), donatario de la IAF en 2003, se cuentan un nuevo puente colgante para peatones en Calobre, provincia de Veraguas, que sustituye una estructura que era imposible cruzar en el invierno cuando las lluvias torrenciales elevaban las aguas del río Las Guías a niveles peligrosos, y un centro social en el terreno que ocupaba un cobertizo rústico en la Comarca Ngöbe Buglé, un territorio indígena. Para cada proyecto, IPADEHM movilizó dos veces la cantidad de fondos que obtuvo de la donación recibida de la IAF. —John Reed, representante de la IAF



CORTESÍA DE IPADEHM



Afrodescendientes en México



"Tita", de la exposición de fotos de Ayana Jackson, Africano por herencia, mexicano por nacimiento.

Una característica poco conocida de la diversidad del México contemporáneo es una concentración de afrodescendientes en las comunidades costeras de Oaxaca, Guerrero y Veracruz. Para incrementar la conciencia pública sobre las dificultades que enfrentan los mexicanos de ascendencia africana, la IAF copatrocinó una serie de actos el 11 y 12 de mayo, en la ciudad de Washington, en colaboración con el Consejo Nacional La Raza (NCLR), la Consulta Interinstitucional sobre Raza en América Latina y el Instituto México del Centro Wilson.

Más de 180 personas de organismos públicos, organizaciones privadas y universidades asistieron a una o más de las actividades, una concurrencia notable si se tiene en cuenta la escasa atención pública que las cuestiones afroamericanas han recibido tradicionalmente. Bajo el titular de portada "Discriminado y Casi Invisible", el diario *El Universal* de Ciudad de México puso de relieve el panel del desayuno inaugural, que incluyó a Sagrario Cruz-Carretero de la Universidad de Veracruz,

Bobby Vaughn de la Universidad Notre Dame de Namur y Jonathan Fox, ex becario de la IAF que enseña actualmente en la Universidad de California en Santa Cruz. *Tiempos del Mundo*, un periódico de la ciudad de Washington dirigido a un público hispano, también informó sobre la serie.

Aunque el gobierno mexicano no reúne oficialmente datos sobre afrodescendientes, Cruz-Carretero dijo que se calcula que el grupo representa entre un 1 y un 2 por ciento de los aproximadamente 100 millones de habitantes de México. Cuando hablaron nuevamente en un foro nocturno en la sede del NCLR en la ciudad de Washington, tanto ella como Vaughn pusieron de relieve el tratamiento discriminatorio en una sociedad donde, dijeron, ser negro a menudo se considera una característica física en lugar de una identidad étnica o cultural. Observaron que los afroamericanos suelen vivir en los estados más pobres y se caracterizan desigualmente por bajos ingresos, acceso limitado a servicios médicos, educación inadecuada y otros indicadores sociales negativos. Aunque los grupos mexicanos indígenas se han organizado para hacer valer sus derechos y exigir justicia social, no ha surgido aún un movimiento social similar en torno a la situación de los afrodescendientes. Sin embargo, algunos afroamericanos están tratando de incrementar la conciencia pública sobre su patrimonio cultural y la discriminación racial.

Junto con la ponencia y recepción de la noche, la IAF coordinó una exposición de las fotografías de Ayana Vellissia Jackson, que permaneció abierta al público en el NCLR hasta fines de mayo. Las documentales *Sangre Africana*, una exploración del patrimonio africano de México dirigida por Roberto Olivares, y *La Raíz Olvidada*, un estudio histórico de Rafael Rebollar Corona, ambas exhibidas en la Facultad de Estudios Internacionales Avanzados de la Universidad Johns Hopkins, ofrecieron temas de discusión en el acto final de la serie.

Las donaciones de la IAF han fomentado la conciencia social y cultural además de actividades económicas viables en comunidades de afrodescendientes en América Latina y el Caribe. Actividades de extensión recientes en México han incluido la divulgación focalizada de la convocatoria a propuestas de la IAF, y reuniones y talleres sobre planificación comunitaria y determinación de necesidades en enclaves de afrodescendientes. —Jill Wheeler, representante de la IAF

Homenajeados e invitados

El gobierno ecuatoriano concedió su Medalla al Mérito Institucional al Movimiento Mi Cometa, donatario de la IAF desde 2002, en reconocimiento a sus esfuerzos en pro de los niños y jóvenes marginados en el vecindario Guasmo Sur de Guayaquil. Según Dana Hill, voluntaria estadounidense que colabora con Mi Cometa, alrededor de 425.000 personas viven en Guasmo Sur, sector que en invierno soporta inundaciones con regularidad y donde casi la mitad de su población activa está desempleada. El grupo de base Movimiento Mi Cometa fue establecido en 1990 por jóvenes que se dieron a la tarea de organizar el vecindario, calle por calle, para mejorar las viviendas y aumentar las oportunidades de empleo. “Los programas de Mi Cometa —sobre desarrollo de la familia, formación de mujeres y jóvenes como dirigentes, microcrédito, comités de vigilancia, salud, vivienda, preescolar y comunicaciones— poco a poco están llegando a más personas”, dijo Hill.

Mi Cometa fue invitado a representar a Ecuador en el Congreso Profesional Iberoamericano de Comunicación Empresarial y Ceremonial, celebrado en Rio de Janeiro del 5 al 8 de abril de 2005. La delegada Karina Castro, encargada de prensa de Mi Cometa, habló sobre la experiencia del grupo en la medición de resultados de una campaña de comunicación y relaciones públicas. Más adelante en el mismo mes, César Cárdenas Ramírez habló ante el Congreso Internacional de Organizaciones que Trabajan con Niños de la Calle.

Celebración indígena

En la madrugada del 21 de septiembre, y gracias al auspicio de la IAF, 45 indígenas latinoamericanos ocuparon su sitio en la Procesión de Naciones Indígenas en el “Mall”, o gran explanada nacional, de la ciudad de Washington, que precedió la apertura del Museo Nacional del Indígena Norteamericano, de la Institución Smithsonian. Alrededor de 20.000 personas participaron en el desfile encabezado por el senador Ben Nighthorse Campbell y por Richard West, director del museo, ambos luciendo típicos atuendos cheyenne, y se dirigieron a la escalinata del Congreso estadounidense donde se celebró la ceremonia inaugural. Tras la apertura, los donatarios de la IAF presentaron sus

PATRICK BRESLIN



Salvador Huatta, centro, celebró su cumpleaños durante el Festival de los Primeros Americanos.

artesanías y sus artes escénicas durante los seis días de duración del Festival de los Primeros Americanos.

La asistencia de los donatarios a la celebración coronó una larga y productiva relación de la IAF con pueblos indígenas. Los primeros años de operación de la IAF en la década de 1970 coincidieron con la insistencia de parte de pueblos indígenas de todo el mundo en el respeto por sus derechos y en su plena inclusión en la vida económica y política. En las pasadas tres décadas, su movimiento ha generado numerosos planteamientos innovadores para el desarrollo, a menudo con una dimensión cultural, a los que la IAF ha dado respuesta.

Algunas de las comunidades cuyos esfuerzos de autoayuda fueron alentados por donaciones de la IAF



Danzantes de tijeras.

estuvieron representadas en las celebraciones: los tejedores tarabuco y jalq'a del sur de Bolivia participan en un programa iniciado por la Fundación para la Investigación Antropológica y el Etnodesarrollo (ASUR), que recibe apoyo de la IAF y cuyo propósito es recuperar las tradiciones textiles andinas. Los músicos y bailarines de Taquile, Perú, confirmaron la revitalización de la cultura local en un proyecto financiado por la IAF que ha estimulado el crecimiento del turismo ecológico en su isla. Con la ayuda de la IAF, los kunas del territorio indígena de Panamá han encarado la conservación de los recursos naturales en terrenos boscosos, proyectos de trazado de mapas y museos comunitarios, y han abierto mercados para las coloridas molas.

Entre otros grupos apoyados por la IAF que estuvieron presentes, figuraron los danzantes de tijeras de Lima, los bailarines suyás de Brasil y los fabricantes de marimbas de Guatemala. Por su parte, el Departamento de Estado de EE.UU. extendió una invitación a las delegaciones de líderes indígenas de varios países para que asistieran a la apertura del museo como parte de una visita de 30 días que los llevó por todo este país. En la delegación argentina se encontraba Rosario Quispe, fundadora y presidenta de Warmi Sayajsunqo, una asociación de mujeres coya que utilizan una donación de la IAF para llevar a cabo un programa de microcrédito en poblados de la zona de

Abra Pampa, Jujuy (véase *Desarrollo de Base* 2003).

Con sus aproximadamente 8.000 artefactos, el Museo Nacional del Indígena Americano reúne el diverso legado cultural de las poblaciones indígenas de todo el continente. El edificio, una estructura de elegante diseño curvilíneo y monumental presencia, ya ha sido calificado como visita obligada en Washington. “Nunca he visto nada como este museo”, comentó el violinista Sebastián Paitan Ccanto, que acompañó a los danzantes de tijeras. “Como indígena me siento orgulloso y muy contento de haber estado aquí”.

PATRICK BRESLIN



Rosario Quispe, presidenta de Warmi Sayajsunqo, en la sede de la IAF.

Tejiendo una nueva sociedad

El Instituto de Asuntos Culturales (ICA por sus siglas en inglés), fundado en la década de 1970, es una red informal de organizaciones de 34 países interesada en el aspecto humano del desarrollo en todo el mundo, según Richard Alton, coordinador de la sexta edición de la conferencia internacional de ICA celebrada del 15 al 21 de agosto de 2004 en Antigua, Guatemala. Desde 1984, los representantes de las afiliadas de ICA y otras organizaciones se han venido reuniendo cada cuatro años para discutir los temas de mayor actualidad. En 2004, 220 profesionales de 25 países se congregaron para “escuchar y analizar las estrategias de alcance global”, explicó Alton. “Estas conferencias se organizaron para dar más impulso a la gente”.

La IAF, la Fundación Ford, CIVICUS, OXFAM, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y el Centro de Formación de la Colaboración Española auspiciaron la reunión en Guatemala que se organizó como siete campos o “hilos” con sus correspondientes grupos de trabajo para considerar temas que variaron desde el desarrollo comunitario juvenil hasta el problema del SIDA. Dos de los hilos, uno sobre sistemas económicos sostenibles y el otro sobre creación de capital social, se beneficiaron de la experiencia de ex donatarios de la IAF y de representantes de los 80 proyectos actualmente en la cartera de la IAF en Centroamérica y México. La representante principal de la IAF Miriam Brandão y Azucena Díaz García, Rosamaría Cruz, Rolando Gutiérrez y Roberto García, contratistas del servicio de enlace y asesoramiento local de la IAF en México, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, respectivamente, seleccionaron a los miembros de las mesas redondas y coordinaron sus informes, así como las visitas a proyectos locales de la IAF.

Los cuatro donatarios de la IAF representados en la mesa redonda sobre desarrollo económico sostenible, del que fue moderador Roberto García, habían emprendido proyectos con una inversión de capital relativamente baja que beneficiaron a comunidades subatendidas: Armando García Campos describió cómo la Asociación de Consultores para el Desarrollo de la Pequeña, Mediana y Microempresa (ACODEP) en los 14 años transcurridos desde que recibiera una donación de US\$100.000 de la IAF ha incrementado su cartera de préstamo de 850 a 30.000 nicaragüenses y espera alcanzar los 100.000; Benjamín Son Turnil explicó cómo la Asociación de Cooperación



Exponentes de la mesa redonda de la IAF sobre capital social: de izquierda a derecha Joaquín Cajbón Uscap, Carlos Cáceres, Rosamaría Cruz, Julio Córdoba y Francisco Rodríguez.



Exponentes de la mesa redonda sobre desarrollo económico sostenible: Roberto García, Franklin Montano, Benjamín Son Turnil, Armando García Campos, Miriam Brandão, Adolfo Sánchez.

para el Desarrollo Rural de Occidente (CDRO) siguió un modelo no verticalista de toma de decisiones practicado por los mayas para mejorar las condiciones en Totonicapán, una de las zonas más pobres de Guatemala; Adolfo Sánchez habló sobre cómo la Promotora de Productores y Empresarios Salvadoreños superó la incertidumbre de los agricultores en cuanto a la diversificación de cultivos y a trabajar juntos, y Franklin Montano informó sobre la labor de la Asociación de Organizaciones de Microfinanzas (ASOMI) con unos 80.000 microempresarios salvadoreños de subsistencia, en su mayoría mujeres.

El hilo sobre capital social abordó un concepto más complejo: los vínculos entre la gente que hace posible las acciones de cooperación. Rosamaría Cruz fue la moderadora del grupo de discusión integrado por representantes de donatarios de la IAF: Carlos Cáceres de CODELSA habló sobre las gestiones de su organización para activar todos los agentes económicos. Francisco Rodríguez explicó cómo la Fundación para la Reconstrucción y el

Desarrollo (REDES) trabajó con los funcionarios de la municipalidad y vendedores ambulantes para crear las condiciones para un “mercado móvil” en San Salvador y su administración por vendedores participantes. Joaquín Cajbón Uscap describió el apoyo de su comunidad al Museo Rabinal Achi en Baja Verapaz, Guatemala, que es al mismo tiempo un monumento a la guerra civil, depositario del legado cultural y centro de capacitación. Su fuente de inspiración fue el modelo de Oaxaca que Julio Córdoba, de la Fundación Comunitaria Oaxaca, calificó como un “proceso de construcción social” que se ha copiado con éxito en 19 localidades. Ruth Hernández describió el proyecto Campesino de Tlaxcala, México, donde una comunidad decidida elaboró un plan para mejorar el agua, diversificar su producción agrícola y revertir la degradación ambiental mediante la promoción de la clasificación de los desechos sólidos.

Visitas a proyectos

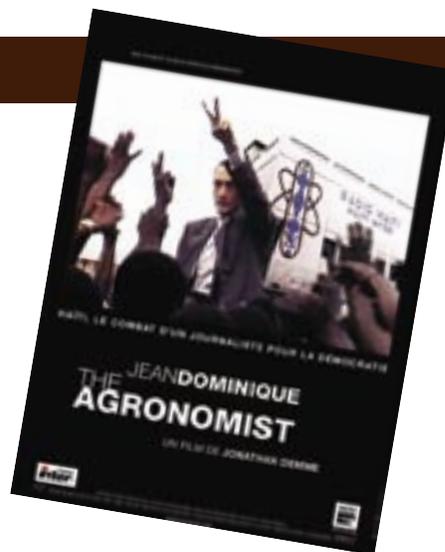
Numerosos participantes coincidieron en que los dos días de visitas a los proyectos ejemplares de autoayuda en Guatemala fue el elemento más aleccionador de la conferencia. La visita a OPCION, una organización donataria de la IAF desde 2004 que capacita a agricultores indígenas de 90 organizaciones para trabajar conjuntamente con Aj Ticonel, su socio comercial y comprador de productos para la venta a clientes de EE.UU., puso de relieve el aspecto comercial del desarrollo. Para observar las operaciones de OPCION, un grupo de participantes de la conferencia hizo primero en autobús un trayecto de dos horas y luego un recorrido a pie de otros 20 minutos por un camino tortuoso hasta llegar a la finca de Hipólito Hernández. Al abrigo de pinares, las tierras de Hernández estaban repletas de calabacines de verano en flor. Hernández, que antes era jornalero, ahora emplea a seis trabajadores para ayudar a sembrar y cosechar cultivos rotativos de guisantes y arvejas, así como berenjenas, pimientos y calabacines. OPCION coordina su producción con la de otros agricultores que han recibido capacitación similar a fin de mantener un suministro constante y durante todo el año para Aj Ticonel. Hernández, a su vez, puede depender de que los pagos serán constantes, independientemente de que haya cualquier superabundancia en el mercado más amplio —y puede referirse con orgullo a dos de sus hijas, que son egresadas de escuela secundaria y son, respectivamente, contadora y maestra.

En la planta elaboradora de Aj Ticonel, mujeres controlan la calidad de los productos agrícolas y los preparan para su exportación. Alberto Monterroso, presidente de la planta, se atribuye el éxito de haber identificado una base de clientes en la costa oriental de EE.UU. y en California. Para asegurar que se satisfagan sus exigencias, ha instituido clases de alfabetización en el sitio de trabajo. La operación es rápida y las hortalizas se exportan inmediatamente para asegurar una frescura óptima. La reportera Celia Dugger informó extensamente sobre Aj Ticonel en un artículo publicado en la edición del 28 de diciembre de 2004 de *The New York Times* que tuvo amplia circulación a través de Internet. Dugger calificó a Aj Ticonel como “una inusual historia de éxito” que con US\$2,5 millones de ventas en hortalizas en 2003 es la excepción al título de su artículo, “Cadenas gigantes de supermercados aplastan a agricultores centroamericanos”. Ella atribuyó la “capacidad de obtener beneficios del mercado internacional” de Aj Ticonel a los conocimientos sobre negocios de Monterroso y a su predisposición de sacrificar un buen ingreso personal, dando prioridad a invertir en la planta y los agricultores.

Al momento de efectuarse la visita de los participantes de ICA en agosto, las hortalizas se habían colocado en una cámara fría mientras Monterroso esperaba el aviso de entrega a una Florida devastada por los huracanes. La interrupción de lo que de otra manera sería una bien ejecutada coreografía fue una seria advertencia de que hasta un mercado internacional es vulnerable a los factores climáticos.



En Aj Ticonel separan las arvejas chinas para la exportación.

El Agrónomo*Dirigida por Jonathan Demme**Think Film; 2004**Disponibile por intermedio de amazon.com**Banda de sonido en inglés, francés y criollo haitiano*

El Agrónomo, de Jonathan Demme, da una mirada al Haití contemporáneo a través de la historia de Jean Dominique, propietario y operador de la única estación de radio independiente del país. Usando un montaje de película y entrevistas grabadas en cinta de audio que él comenzó a recolectar en 1986, Demme narra la valiente lucha de Dominique para acercar Haití a la democracia y la paz. *El Agrónomo* está lleno de la música de Haití, su risa y su llanto, su belleza y sus barrios pobres. También ofrece un vistazo de una trágica historia, 200 años de libertad negada marcados por ocupaciones extranjeras, dictaduras, masacres, golpes de Estado y breves coqueteos con la democracia. Y confirma la importancia de una prensa libre para una sociedad democrática y para la justicia social.

Con este telón de fondo se desarrolla la propia vida de Dominique. Nacido en la elite de piel clara y lengua francesa de Haití, fue enviado a Francia para lograr un título universitario en agronomía. Tras retornar a su hogar y hacer infructuosa campaña por la reforma agraria, Dominique compró una estación de radio, Radio Haiti Inter, y descubrió el valor de un medio de difusión para el trabajo de base. Su decisión de usar el criollo haitiano en las transmisiones dio al pueblo un acceso sin precedentes a la información y al periodismo profesional. Al ganar popularidad la estación, Haiti Inter se atrevió a ir más allá, pidiendo libertad de prensa en un país plagado de represión y violencia política.

Demme muestra que, con la simple difusión de noticias sobre dictadores depuestos en el exterior —en Nicaragua e Irán, por ejemplo— Dominique iluminó la propia situación de Haití, abriendo así la puerta al disenso. Decidido, a pesar de varios atentados contra su empresa y su vida, Dominique, trabajando con su esposa, una periodista formada en EE.UU. y también hija del sector privilegiado de Haití, continuó ofreciendo una alternativa a la propaganda dispensada por los medios tradicionales. Finalmente, el público de habla criolla de

Haiti Inter se convirtió en un serio peligro para la autoridad y Dominique fue forzado al exilio. Cuando regresó a su patria, sus entusiastas admiradores descendieron a Puerto Príncipe para brindarle una bienvenida multitudinaria.

Partidario inicialmente de Jean Bertrand Aristide, el sacerdote convertido en presidente, Dominique posteriormente cuestionó sus políticas y presentó denuncias de corrupción durante una entrevista en vivo. Esta fue la primera vez que un líder político haitiano fue públicamente confrontado, cara a cara, por un medio de comunicación haitiano. Si bien la entrevista reafirmó el compromiso de Haiti Inter con una cobertura noticiosa objetiva, dañó permanentemente la posición de Dominique con el gobierno de Aristide. La película, no obstante, no profundiza totalmente en el empeoramiento de la relación, ni en las circunstancias de la violenta muerte de Dominique, quien fue asesinado a balazos a plena luz del día, ante lo cual los desolados haitianos reaccionaron brindándole un funeral de héroe.

El Agrónomo le deja a uno con el deseo de saber más acerca de estos detalles ausentes, así como de la esposa de Dominique, Michele, a la que muestra como una persona extraordinaria. La prolongada y aparentemente estrecha relación de Demme con el tema de su película tampoco es explorada, ni su interés en Haití. Pero, en última instancia, la película es poderosa e inspiradora, y su protagonista, quien fue prácticamente desconocido fuera de Haití durante su vida, es debidamente reconocido. *El Agrónomo* efectivamente pone a Dominique en el panteón de quienes murieron por insistir en decir la verdad y rinde tributo a su legado, a Radio Haiti Inter, al periodismo valeroso y al pueblo haitiano. —Eduardo Rodríguez-Frías, asistente de programa de la IAF



Waiting for Rain: The Politics and Poetry of Drought in Northeast Brazil

(Esperando la lluvia: política y poesía de la sequía en el nordeste de Brasil)

Por *Nicholas Gabriel Arons*

The University of Arizona Press: Tucson, 2004

Disponible en inglés

En *Esperando la lluvia*, el autor Nicholas Arons convincentemente argumenta que los devastadores efectos de siglos de sequía en el nordeste brasileño son tanto un resultado de la política como de la naturaleza. Con el marco de una descripción de la sequía que por mucho tiempo ha asolado la vasta región, relata los repetidos fracasos del gobierno brasileño para reconocer o encarar la magnitud de la crisis. También sostiene que a raíz de la negativa oficial a asumir responsabilidad o tomar medidas, los costos económicos y humanos de la sequía han excedido lo aceptable para cualquier país moderno.

En sus primeros capítulos, Arons explora la vida en el nordeste, más allá del esperado desastre agrícola creado por la simple falta de lluvia, y sondea los concomitantes horrores humanos que él presenció durante una serie de extensas visitas —desempleo, alcoholismo, analfabetismo, mortalidad infantil, desnutrición, y extrema pobreza. El autor pone distancia entre su libro sobre la sequía brasileña de la extensa literatura académica sobre el tema, al incorporar los singulares trasfondos culturales y profundamente espirituales del nordeste. Su uso de la poesía, compuesta durante décadas para registrar la angustia de los habitantes del *sertão*, permite que los diversos temas relacionados con la sequía sean revelados en las palabras de quienes la vivieron.

No es coincidencia que el resaca nordeste sea la región más abrumadoramente pobre del Brasil, y el libro constantemente nos recuerda cómo la sequía y la pobreza están relacionadas. Arons es muy crítico de los gestos mecánicos del gobierno brasileño en cuanto al alivio de la sequía, los cuales descalifica como interesados, pobremente pensados y dirigidos al beneficio, si de alguien, de los ricos terratenientes. Menciona la mal planeada solución de la década

de 1930, cuando el gobierno desalojó por la fuerza a los nordestinos de las áreas afectadas por la sequía, y su inversión de millones de dólares, en la década de 1950, en un experimento para hacer que las nubes produjeran lluvia, mientras otras naciones optaban por la sensata y exitosa ciencia de los sistemas de irrigación.

Si bien declara que no es un experto en Brasil, enriquece con éxito la temática de la sequía con su experiencia personal y la presenta desprovista de la interferencia de los tradicionales métodos o estilos de información socio-científicos. Para cualquiera que desee obtener una mejor comprensión de Brasil, *Esperando la lluvia* es una excelente presentación de una de las más trágicas realidades de la vida en el nordeste. Los lectores dejarán este libro comprendiendo la sequía, y la poesía que ha inspirado, desde la perspectiva nordestina. Es interesante señalar que casi todos los demás libros que lidian con las características peculiares de la región encaran ampliamente el tema de la raza; la casi total negación del tema por parte de Arons es decididamente audaz. —*Courtney Brown, asistente de programa de la IAF*

Key Issues in Development

(Cuestiones fundamentales del desarrollo)

Por: *Damien Kingsbury, Joe Remenyi, John McKay y Janet Hunt*

Palgrave Macmillian Press: New York, 2004

Disponible en inglés

Cuestiones fundamentales del desarrollo proporciona una crítica introducción a la teoría, práctica y estudio del desarrollo. Los autores australianos Damien Kingsbury, Joe Remenyi, John McKay, y Janet Hunt, todos profesionales del desarrollo y profesores universitarios, creen que el desarrollo puede ser más efectivo si quienes están en el terreno son conscientes de intentos previos de eliminar la pobreza absoluta. Varios casos de estudio apoyan sus conclusiones respecto a que, si bien tendencias y enfoques han cambiado desde los primeros tiempos de la asistencia internacional posterior a la segunda guerra mundial, las vidas de las personas de menos recursos siguen igual.

Los autores exploran la situación de los pobres en distintos capítulos, cada uno dedicado a un tema considerado clave para comprender por qué las condiciones en los

países en desarrollo aún deben mejorar: consideraciones económicas, el impacto de la asistencia internacional, la necesidad de desarrollo político y civil, el papel del género, la idea de desarrollo como “modernización”, las teorías de subdesarrollo, las variaciones regionales, el medio ambiente, y el progreso comunitario. Remenyi, director de desarrollo internacional y comunitario de la Universidad Deakin, en Australia, abre la discusión con una definición de desarrollo enfocada en la necesidad de encarar el hambre, la vivienda, la educación, y los servicios básicos. En su capítulo, Kingsbury, también de Deakin, resalta las circunstancias de enfrentamiento a que se ven forzadas las comunidades en desarrollo: si quieren prosperar deben competir entre sí para atraer capital extranjero.

McKay, director del Centro de estudios australianos de Cooperación Asia-Pacífico, en la Universidad Monash, examina por qué algunos países prosperan en la globalización mientras que otros se estancan o se empobrecen más. Él también considera las falacias implícitas en las teorías de la modernización y de la dependencia, de las décadas de 1950 y 1960. Hunt, del RMIT, Instituto Real de Tecnología de Melbourne, cuestiona la naturaleza de la asistencia exterior y sus beneficiarios principales. Ella también explora el impacto de los roles del género y concluye que las mujeres, a pesar de recientes esfuerzos, siguen siendo marginadas del proceso de desarrollo. La observación no es nueva.

Cuestiones fundamentales del desarrollo argumenta en favor del desarrollo como un proceso constante de potenciación. Las políticas deben ser sensatas, sostiene el libro, y la gente adecuada debe estar involucrada.

—Christina Violeta Jones, ex pasante de la IAF



Otros Amenazantes: Los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica

Por Carlos Sandoval García

Editorial de la Universidad de Costa Rica: San José, 2003

Ohio University Press:
Athens, 2004

Disponible en español e inglés

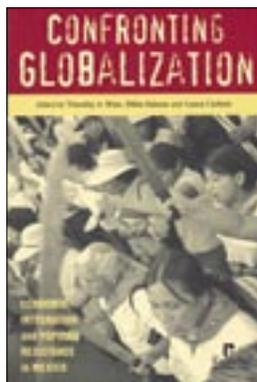
En *Otros Amenazantes*, el sociólogo Carlos Sandoval García explora el efecto de los estereotipos étnicos en la interacción humana. El libro se concentra específicamente en las actitudes hacia unos 250.000 residentes nicaragüenses que a comienzos de la década de 1980 huyeron de la guerra y la pobreza y se establecieron en trabajos de construcción y agricultura en Costa Rica.

Según Sandoval García, las “prácticas, imágenes y rituales mediante los cuales uno construye un sentimiento de pertenencia nacional” se desarrollan históricamente a lo largo del tiempo. Actualmente, sin embargo, él ve a los costarricenses empezando a definirse a sí mismos por contraste a su percepción despersonalizada de los nicaragüenses. Los costarricenses, dice, ven a los nicaragüenses como, por ejemplo, violentos y radicalmente revolucionarios, cualidades percibidas como amenazas a supuestos valores tradicionales costarricenses de no-violencia y democracia representativa. Sandoval García ve un patrón de estereotipos perpetrado en editoriales por escritores que afirman estar exponiendo las influencias nicaragüenses que amenazan a la nación y confirmado en los relatos autobiográficos de niños inmigrantes que tratan de compaginar las dos culturas.

Basándose parcialmente en análisis de estas fuentes, Sandoval García concluye que sus compatriotas han reaccionado ante los nicaragüenses en forma diferente de lo hecho ante la presencia de otros extranjeros. Según él, no solo los nativos costarricenses resienten a los nicaragüenses por ocupar espacio precioso, sino que han hecho de la población nicaragüense el chivo expiatorio por la declinación del nivel de vida en Costa Rica, que una vez fuera el más alto de Centroamérica, algo envidiable para casi cualquier criterio. (Él recomienda buscar en el gobierno la responsabilidad por el deterioro de los servicios y la infraestructura públicos, por haber abrazado medidas de reforma económica neoliberales.) Además, dice, la falta de todo debate ha permitido que las percepciones erróneas persistan.

Otros amenazantes desafía a los costarricenses y a cualquiera en contextos multiétnicos, a trascender el tradicional llamado a la tolerancia. Sandoval García sugiere que los costarricenses reconozcan la diversidad en su comunidad, expresen su frustración mediante el discurso público y se concentren en la individualidad de sus vecinos inmigrantes. Mediante este compromiso, afirma, las sociedades se vuelven incluyentes y realistas.

Es alentador que este libro que ataca la discriminación haya recibido el Premio Nacional de Monografía de Costa Rica. —*Megan Moriarty, asistente de programa de la IAF*



Enfrentando la Globalización: Respuestas sociales a la integración económica en México

Edited por Timothy A. Wise, Hilda Salazar and Laura Carlsen

Editorial Miguel Ángel Porrúa: Mexico, 2003

Disponible en inglés y español

Para bien o para mal, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte aumentó el flujo de bienes, servicios, ideas y personas entre EE.UU., Canadá y México. Su impacto es el foco de *Enfrentando la Globalización*, una colección de 10 estudios. Ellos exploran los problemas que la globalización causa para los pobres, pero también contiene ejemplos de comunidades que se organizan en todo el país y a través de las fronteras para superar estos desafíos. Dos estudios que documentan las experiencias de compañías madereras estadounidenses en el estado de Guerrero, son ilustrativos.

En el primero, “Derechos humanos, ecología e integración económica: los campesinos ecologistas de Guerrero”, Enrique Cienfuegos y Laura Carlsen argumentan que las compañías multinacionales se aprovecharon del contexto político local para maximizar sus beneficios. Por ejemplo, Boise Corporation trabajó con una asociación de ejidos (comunidades con título de propiedad colectivo) que, según se informó, estaba controlada por un cacique con mano de hierro, conocido por su disposición a permitir la destrucción de los bosques. Si bien Boise pagó precios más altos por la madera que los compradores locales, pocos beneficios alcanzaron a los trabajadores del lugar. Finalmente, las protestas contra la degradación ambiental resultaron en el polémico arresto y presunta tortura de dos activistas. Paradójicamente, su liberación fue obtenida mediante campañas por Internet y alianzas fronterizas

entre organizaciones no gubernamentales, también características de un mundo más globalizado.

En “El Balcón, Guerrero: un caso de estudio en que la globalización beneficia a una comunidad silvícola”, David Bray, representante de la IAF de 1986 a 1997, y Leticia Merino examinan una exitosa empresa forestal comunitaria y cómo obtuvo acceso al mercado global. El Balcón tuvo suerte: había recibido una donación de tierras y también había adquirido un aserradero. La comunidad del ejido luchó primero para administrar estos bienes pero finalmente contrataron a un profesional quien impuso disciplina y comenzó a mejorar el balance. El nuevo gerente excluyó a la mayoría de los residentes de las operaciones, pero ellos supervisaban mediante un Consejo de Directores. Cuando la empresa comenzó a tener ganancias, los residentes fueron recontratados; ahora, un 80 por ciento de sus empleados es del ejido. El Balcón también tuvo la fortuna de que su mayor cliente, Westwood Forest Products, de Washington, practica un estilo participativo que apoya extraordinariamente a la comunidad. Uno hubiera deseado que los autores profundizaran sobre el desarrollo de una relación tan productiva.

Otros casos de estudio en *Confrontando la globalización* cubren la protección del inversor, la propiedad intelectual, la inmigración y las remesas, las prácticas laborales en las maquiladoras, y la agricultura. Un estudio documenta el trabajo de un donatario de la IAF, el Coordinador Estatal de Productores de Café Oaxaca, el cual exporta café orgánico y café de “Fair Trade” a precios mayores que los del mercado y proporciona una variedad de servicios a sus miembros. Un interesante seguimiento a este volumen sería una mirada más sistemática a cómo las comunidades pobres podrían aprovechar el Tratado de Libre Comercio Centroamericano, actualmente en debate, y el Tratado de Libre Comercio de las Américas, en proceso.

—*Karen Juckett, asistente ejecutiva de IAF*

Publicaciones de la IAF aun disponibles*



Español

Las alianzas entre la sociedad civil, las empresas y los gobiernos son un instrumento valioso del desarrollo y para ello *Formación de Alianzas para el Desarrollo Sostenible* es una guía práctica para los profesionales interesados en mejorar la calidad de vida de la población pobre. El libro conduce al lector por el proceso de formación de alianzas, desde

la etapa de planificación hasta la creación de la alianza, y concluye con las técnicas para medir el efecto de la misma. También incluye ejemplos de alianzas de trabajo en toda América Latina y el Caribe.



Inglés

La explosión migratoria hacia EE.UU. ha aumentado de forma notable las remesas enviadas a América Latina y el Caribe, al mismo tiempo que la asistencia oficial ha disminuido, una coincidencia que convierte las remesas en tema de interés para la comunidad del desarrollo. En marzo de 2001 la IAF, en cooperación con el Banco Mundial y

la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de las Naciones Unidas, celebró en Washington la primera conferencia multilateral sobre este tema. Las exposiciones sobre la posible canalización de las remesas a proyectos de desarrollo han sido reunidas en esta colección bajo la coordinación de Carlo Dade, ex representante de la IAF: *Approaches to Increasing the Productive Value of Remittances*.



Inglés

Together (Alianzas) de Beryl Levinger y Jean McLeod es un análisis de las experiencias de 12 alianzas intersectoriales —formadas entre ONG, gobiernos locales y, en algunos casos, las empresas del sector privado— que trabajan en el desarrollo de base en cinco países latinoamericanos. Los autores examinan la terminología, las etapas y los tipos

de alianzas que se han creado, así como los beneficios que reportan y las cargas que suponen estas colaboraciones. Las lecciones aprendidas de su investigación sobre el terreno no son siempre convencionales, pero se apoyan en los datos recabados de los proyectos en marcha.



Español

Inglés

Uruguay es una sociedad urbanizada, pero la mayoría de los proyectos de la IAF en ese país se ha realizado en zonas rurales. En el libro *El sector de los pequeños productores rurales del Uruguay: socio para el desarrollo*, publicado en 1989, Cynthia Ferrin, especialista en movimientos cooperativistas en Uruguay y representante de la IAF desde 1974 hasta 1987, describe cómo

mediante los esfuerzos de autoayuda y la ayuda externa, las cooperativas del campo han hecho frente a los desafíos planteados por el contexto económico y político uruguayo de fines del siglo XX.



Español

Inglés

En 1969, el Congreso de EE.UU. estableció la IAF con el fin de responder a las necesidades de la población al nivel de base. Ocho años más tarde, el personal de

la IAF publicó una reflexión sobre sus experiencias con el desarrollo basado en la autoayuda: *Ellos saben cómo*. El título hace alusión a *We Don't Know How* (No sabemos cómo), una anterior reseña de los fracasos de la ayuda externa. El libro de la IAF se basa en su relación con 94 donatarios para apoyar el argumento de que la población pobre organizada es quien más sabe cómo mejorar las condiciones en sus comunidades y que ella puede responsabilizarse por sus propios proyectos de autoayuda. La obra, uno de los clásicos de la literatura del desarrollo, se reimprimió en 1991.



Español

Inglés

Antes de ser suspendido en 2000, el programa de becas de la IAF para doctorado en universidades de EE.UU. concedía apoyo financiero a los estudiantes y sus exploraciones temáticas cuya diversidad se ha reflejado en *Investigaciones sobre el desarrollo de base*. En 1993, William Glade, Charles A. Reilly y Diane Bendahmane, quienes respectivamente eran investigador principal en el Centro Internacional Woodrow Wilson, director de estudios temáticos en la IAF, y directora técnica de servicios de información del Instituto Internacional de Ciencia y Tecnología, unieron fuerzas para publicar esta colección de informes sobre los diversos aspectos del desarrollo y el alivio de la pobreza.

ROGER BOWMAN



Gualberto Condori Beltrán en una foto publicada en *Desarrollo de Base* 1988, vol.12, no.1.



Inglés

La serie de estudios *New Paths to Democratic Development in Latin America: The Rise of NGO-Municipal Collaboration* (Nuevos caminos hacia el desarrollo democrático en América Latina: el surgimiento de la cooperación entre ONG y municipios), editada por Charles A. Reilly, examina la relación del gobierno y el tercer sector en varios países. Aunque los estudios fueron concluidos en 1990 y 1991, siguen siendo relevantes en el actual debate sobre quién debe proporcionar servicios sociales y cómo pagar por ellos. El libro sostiene que el 72 por ciento de los latinoamericanos vive en ciudades. Para responder a las necesidades de estos moradores urbanos, la publicación mira a las ONG como instancias de unión antes que de oposición a los gobiernos municipales.

Para un ejemplar gratuito de estas publicaciones de la IAF, haga su pedido de libro a information@iaf.gov.

Pioneros del chocolate orgánico

— LUIS CRUZ MAMANI Y GUALBERTO CONDORI BELTRÁN —

La comunidad de profesionales del desarrollo de base ha perdido a dos de sus héroes con el fallecimiento de Luis Cruz Mamani acontecido el 21 de mayo de 2003 y de Gualberto Condori Beltrán el pasado 7 de febrero de 2005. Luis tenía 51 años de edad y Gualberto rondaba los 46. Ambos dedicaron sus vidas a la población rural pobre de Bolivia. Ellos serán particularmente recordados entre los líderes más dedicados y talentosos de la Central Regional de Cooperativas Agropecuarias e Industriales El Ceibo, donataria de la IAF y una federación de cooperativas con 900 socios de las comunidades indígenas aymara, quechua y mosten que es ejemplo notable de las iniciativas de autoayuda que se emprenden en América Latina.

Los dos, indígenas aymara de origen pobre, llegaron a los llanos del este de Bolivia procedentes del altiplano occidental en una oleada de migrantes que buscaban un futuro mejor. A principios de la década de 1970, ellos abrieron sus tierras de cultivo en las selvas tropicales del rincón de la región amazónica de Bolivia conocido como Alto Beni. Ambos eran egresados de escuela secundaria y Cruz tenía un diploma del instituto pedagógico local. A través de su labor con las cooperativas, pusieron su educación y talento al servicio de los campesinos que luchaban por ganarse la vida.

La idea de Luis y Gualberto era fundar una empresa gestionada por agricultores que reuniera a los productores locales del Alto Beni, por lo que establecieron El Ceibo y estuvieron a cargo de su dirección por 20 años, supervisando y participando en programas de investigación, extensión agrícola, formulación de proyectos, transporte, gestión comercial, contabilidad, comercialización y, con el tiempo, exportación a mercados de "Fair Trade", de productos orgánicos y otros. El Ceibo recibió varias donaciones de la IAF durante sus primeras etapas; los donantes de Europa Occidental proporcionaron otras y préstamos blandos. Una corriente de voluntarios

alemanes colaboró con aquellos que rotaban en los principales cargos de El Ceibo, que tenía una dirigencia estructurada en varios niveles. Luis y Gualberto vieron cómo el número de participantes aumentó de 12 a 38 cooperativas dispersas por las montañas de la región y a lo largo del Río Beni.

El Ceibo alentó a los agricultores del Alto Beni a abandonar el modelo monocultivista —común en los años 70 en las zonas tropicales— así como su dependencia de productos químicos y de intermediarios. Estos cambios contribuyeron a la transformación de los sistemas de producción de cacao que eran hasta ese momento

insostenibles e ineficaces en el mercado. Hoy, los socios de El Ceibo son modelo de producción de la agrosilvicultura orgánica que no perjudica al suelo, los ríos, los bosques y a la diversidad biológica. Esta empresa, la primera en producir y exportar cacao orgánico y productos de

chocolatería de la Sudamérica hispanohablante, compra dos terceras partes de las semillas de cacao de Bolivia. Las que no son elaboradas para hacer los 40 productos diferentes que El Ceibo vende en los mercados de consumo local e internacional, son vendidas a otras empresas que en 2004 pagaron casi US\$2 millones por ellas.

Luis se había desempeñado más recientemente como gerente de comercialización de El Ceibo, un puesto que dejó en 1998. Durante su tenencia del cargo, fue invitado a participar en una conferencia de la Cámara de Representantes de EE.UU., celebrada en el edificio Rayburn de ese cuerpo legislativo, donde presentó sus ideas sobre las estrategias eficaces aplicables al desarrollo en América Latina y los desafíos que afrontan los pequeños productores en la era de la globalización. Luis pasó sus últimos años de vida trabajando con agricultores en la investigación sobre plantas medicinales y aromáticas para otra innovadora empresa pluricomunitaria. Su viuda, Ana María Condori, prominente líder del desarrollo de base por mérito propio y que conoció a Luis a



principios de la década del 70, está desarrollando ahora una promisoriosa empresa con las comunidades aymara junto con su hija, agrónoma de profesión.

A principios de la década de 1990, Gualberto recibió una beca de El Ceibo para cursar estudios de administración de empresa en la universidad de San Andrés, en La Paz. Su tesis versó sobre El Ceibo como modelo de empresa social que combina conceptos de la cultura occidental y de la cultura andina. Casi una década más tarde, y siguiendo sus pasos, su hija obtuvo el mismo título en la misma universidad con el mismo espíritu idealista y con la misma dedicación. A lo largo de la primera mitad de la década de 1990, Gualberto ocupó puestos de liderazgo y consultoría en El Ceibo, y luego fue mentor de líderes jóvenes. Como asesor oficial de CIOEC, la red más importante de asociaciones productoras de la nación boliviana, compartió las lecciones aprendidas durante su experiencia en El Ceibo. Posteriormente proporcionó apoyo técnico a las asociaciones caficultoras aymara con el objetivo de ayudarlas a lograr acceso a mercados de "Fair Trade" y de productos orgánicos en el extranjero, y a mejorar su capacidad competitiva.

En 1994, para conmemorar su 25º aniversario, la IAF invitó a representantes de 16 proyectos de base al Festival Folclórico de la Institución Smithsonian. Gualberto fue uno de los ocho delegados de El Ceibo que participaron en actividades interactivas sobre cultura y desarrollo durante este festival al aire libre, y fue exponente en una mesa redonda de la conferencia sobre desarrollo internacional celebrada en la Universidad de Chicago. Más adelante viajamos juntos a Vermont para investigar la posibilidad de firmar un convenio con la empresa de helados Ben and Jerry, cuyo personal confeccionó deliciosas muestras utilizando el chocolate producido por El Ceibo. Los fabricantes de todo el mundo reconocen cada vez más que las semillas de cacao del Alto Beni son de las de más sabor, y líderes como Luis y Gualberto merecen este reconocimiento.

Este año, la Institución Smithsonian presentó los logros de El Ceibo como parte del programa de Culturas Culinarias-EE.UU. del Festival Folclórico. Al poner de relieve el éxito comercial de esta empresa comunitaria y su efecto positivo en la selva tropical y otros recursos naturales, las imágenes de Luis y Gualberto me volvieron a la mente. Su visión social y servicio vitalicio han dejado un legado perdurable. —Kevin "Benito" Healy, representante de la IAF para Bolivia y Colombia, y autor de *Llamas, Weavings and Organic Chocolate*.

Luis Cruz Mamani en una foto publicada en Desarrollo de Base 1988.





www.iaf.gov